

Luisa Valenzuela

Incluye fragmentos de su obra

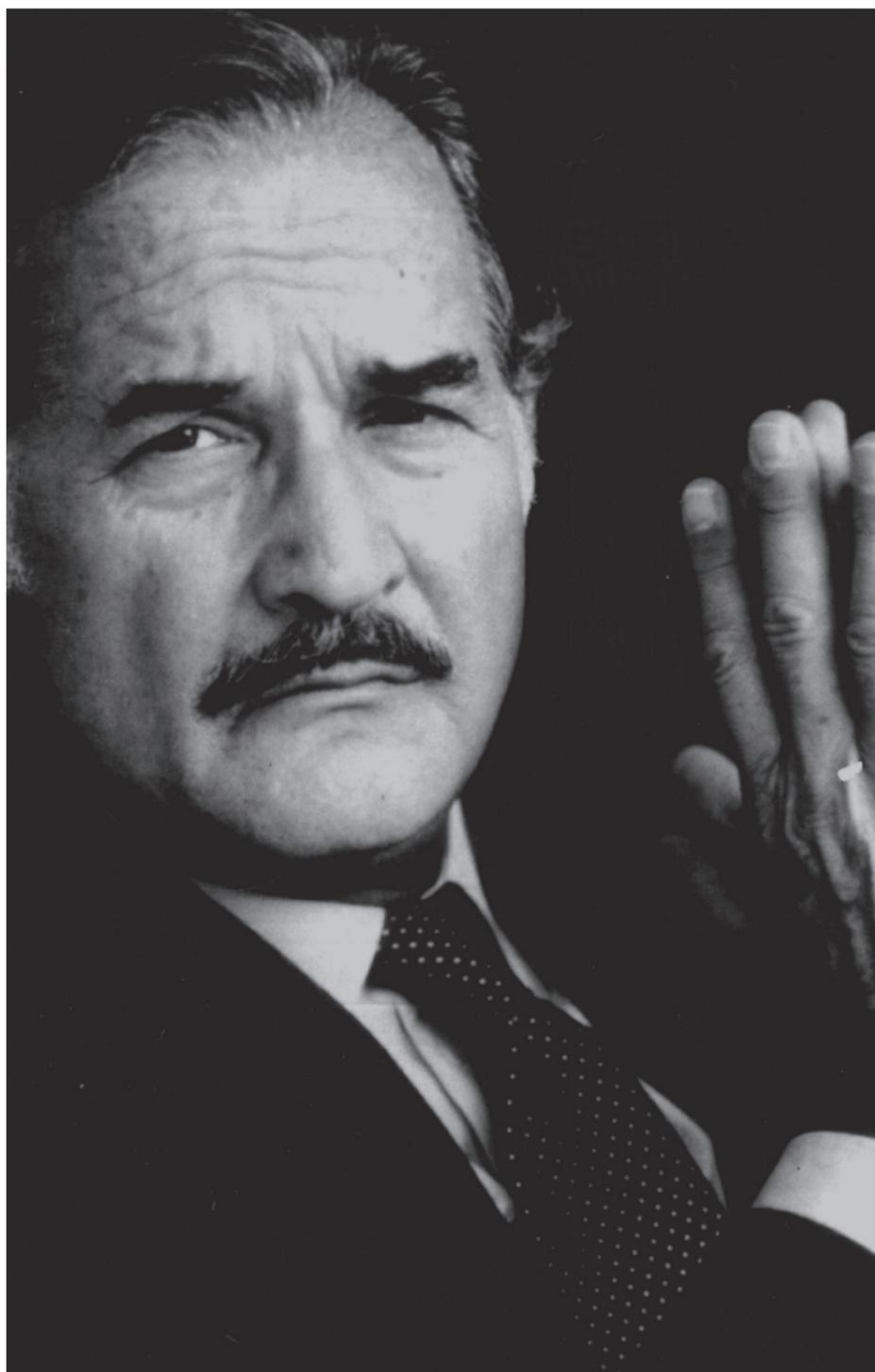
Premio Internacional
Carlos Fuentes
a la Creación Literaria
en el Idioma Español

2019

COLECCIÓN PREMIO INTERNACIONAL CARLOS FUENTES
A LA CREACIÓN LITERARIA EN EL IDIOMA ESPAÑOL

Premio Internacional
Carlos Fuentes
a la Creación Literaria
en el Idioma Español

2019



LUISA VALENZUELA

PREMIO INTERNACIONAL
CARLOS FUENTES
A LA CREACIÓN LITERARIA
EN EL IDIOMA ESPAÑOL

2019



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



EDICIÓN NO VENAL

Fragmentos reproducidos con autorización de Penguin Random House
Grupo Editorial, S.A. de C.V., México, 2019.

Primera edición: 25 de octubre de 2019
D. R. © 2019 Universidad Nacional Autónoma de México,
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial.
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,
C. P. 04510, Ciudad de México.

D. R. © 2019 Secretaría de Cultura,
Dirección General de Publicaciones.
Av. Paseo de la Reforma 175,
Colonia Cuauhtémoc, C. P. 06500,
Ciudad de México.

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito.

Impreso y hecho en México.

Índice

- 9 Carta de postulación del Centro PEN Argentina
- 27 Carta de postulación de la Fundación El Libro de Buenos Aires
- 29 Carta de postulación del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto
- 39 Carta de postulación de la Universidad de Salamanca
- 45 Carta de postulación de la Universidad Nacional de San Martín
- 47 Acta de premiación
- 49 Carlos Fuentes. Sobre Luisa Valenzuela
- 51 Palabras de Luisa Valenzuela en la ceremonia de entrega del Premio Internacional Carlos Fuentes
- 59 Fragmentos de algunas obras de Luisa Valenzuela
- 61 Fragmento de la novela *Cola de lagartija* (El Brujo Hormiga Roja, señor del Tacurú)
- 67 Fragmento de la novela *La máscara sarda*. Capítulo 1
- 73 Fragmento de la novela *El gato eficaz*

- 75 *La cosa* (cuento)
- 76 *La máscara y la palabra* (cuento)
- 78 *Pavada de suicidio* (cuento)
- 80 *El dedo en la llaga* (cuento)
- 87 *Para alcanzar el conocimiento* (cuento)
- 91 *Perdición o El chiste de Dios* (cuento)
- 94 *Tango* (cuento)

Carta de postulación del Centro PEN Argentina

Fecha: 30 de septiembre de 2019

Miembros del Jurado
Premio Internacional Carlos Fuentes
a la Creación Literaria
Presentes

La presente tiene como finalidad, en nombre del Centro PEN Argentina, proponer al autor literario LUISA VALENZUELA como candidato para ser acreedor al Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español.

Los motivos que respaldan la postulación se mencionan a continuación:

El Centro PEN Argentina apoya con convicción la candidatura de Luisa Valenzuela porque, entre sus múltiples logros, ella refundó la filial local de PEN International (con sede en el Reino Unido), a pedido de quien fuera por entonces el presidente de la sede central, John Ralston Saul. Fue él mismo quien se lo pidiera ante la preocupación de Londres por la decadencia en la que había caído el antiguo y prestigioso Pen Club argentino. Luisa Valenzuela reunió a un muy amplio grupo de destacados escritores nacionales que se comprometieron, en primera instancia, a asociarse al Centro PEN Argentina y promover la conformación de una nueva Comisión Directiva, mediante una votación que tuvo lugar en abril de 2014. Todos insistieron en que ella fuera la presidenta, aunque no hubiera sido ésa la intención de la señora Valenzuela. Su mandato duró hasta septiembre del corriente año; la nueva conducción de PEN Argentina decidió designarla

presidenta honoraria. Por otra parte, fue convocada por PEN Internacional para ocupar una Vicepresidencia.

Durante su mandato en el Centro PEN Argentina, bajo su iniciativa —entre muchas otras actividades— se fundó el Comité de Idiomas Indígenas; se elaboró un diccionario de escritoras y escritores argentinos publicados hasta 1960, con la intención de recuperar los nombres —tal vez— más olvidados y desconocidos que brillaron hasta en el último rincón del interior del país; y se impulsó el apoyo y la presencia de la institución en todas aquellas situaciones en las que se viera comprometida la libertad de expresión, haciendo cumplir su rol de observatorio en defensa de la misma.

Una de sus últimas iniciativas durante su presidencia fue la participación en el proyecto de fundación de la Biblioteca de Microrrelatos —bautizada en su honor como BibVal— en el ámbito de la Biblioteca del Congreso de la Nación.

Por lo aquí expuesto, así como lo detallado en los documentos adjuntos (*Currículum vitae* y *Reconocimiento de críticos y pares de nuestro entorno*), y resaltando las cualidades no sólo intelectuales y literarias, sino también —y por sobre todo— el perfil ético y su compromiso en defensa de la libertad de expresión y la toma de conciencia de la responsabilidad de la palabra, es que el Centro PEN Argentina propone a la señora Luisa Valenzuela como candidata para ser acreedora al Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español.

Atentamente,

José Gabriel Seisdedos
Presidente

Curriculum vitae

Luisa Valenzuela nació en Buenos Aires, habiendo residido varios años en París, Nueva York, Barcelona y México.

Durante su dilatada carrera ha publicado más de 30 libros, entre novelas, cuentos, microrrelatos y ensayos. Su obra fue editada en más de 17 países de América, Europa, Asia y Oceanía, y traducida al inglés, francés, alemán, holandés, italiano, portugués, serbio, coreano, japonés y árabe.

Su particular abordaje de temas y motivos relacionados con el poder, el cuerpo, el humor y el lenguaje la han convertido en objeto de estudio en universidades de todo el mundo.

Fue acreedora de las becas Fondo Nacional de las Artes, Fulbright (Programa Internacional de Escritores en Iowa City) y Guggenheim, entre otras.

Ha desarrollado una gran tarea como docente, impartiendo cursos y talleres en universidades de Estados Unidos y México. Su actividad académica incluye membresías en destacadas instituciones, entre ellas la del New York Institute for the Humanities, la de la Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y la de la prestigiosa American Academy of Arts and Sciences.

Fue Fellow del Fund for Free Expression y del Freedom to Write Committee del PEN American Center. Posee un doctorado Honoris Causa de la Universidad de Knox (Illinois, EU) y de la Universidad Nacional de San Martín (Provincia de Buenos Aires, Argentina).

Fue declarada Personalidad Distinguida de las Letras y Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires. Es portadora del Gran Premio de Honor de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores, 2016), de la Medalla Machado de Assis de la Academia Brasileña de Letras, del Premio Astralba de la Universidad de Puerto Rico, del Premio Esteban Echeverría de la Asociación Gente de Letras y del Premio León de Greiff de Medellín.

En 2017, con su conferencia “El poder de la palabra”, inauguró la 43ª FERIA Internacional del Libro de Buenos Aires.

A continuación, presentamos una sucinta versión de la bibliografía de Luisa Valenzuela:

Libros (en orden cronológico)

Novelas

- Hay que sonreír.* Buenos Aires: Editorial Américalee, 1966 (Colección Ficciones).
Buenos Aires: Ediciones La Margarita Digital, 2004. CD-ROM.
Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007 (Colección Tierra Firme).
- El gato eficaz.* México, DF: Ediciones Joaquín Mortiz, 1972 (Nueva Narrativa Hispánica).
Buenos Aires: Ediciones de la Flor/Literal, 1991, 2001, 2005 (Colección Narrativa).
- Como en la guerra.* Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1977.
La Habana: Ediciones Casa de las Américas, 2001 (La Honda).
Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Cola de lagartija.* Buenos Aires: Editorial Bruguera, 1983 (Cinco Estrellas).
México, DF: Difusión Cultural, UNAM, 1992.
México, DF: Planeta, 1998 (Autores Latinoamericanos).
Buenos Aires: Editorial Norma, 2007 (Colección La Otra Orilla).
- Novela negra con argentinos.* Barcelona: Editorial Plaza y Janés, 1990 (Colección Literaria).
Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1990.
Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1991 (Narrativas Argentinas).
- Realidad nacional desde la cama.* Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1990, 1993.

- México, DF: SERSA/Silverspring, MD: Literal Books, 1992.
- México, DF: Difusión Cultural, UACM, 2007.
- Buenos Aires: UNSAM, 2017 (Audiolibro. Colección Literatura Latinoamericana).
- La Travesía*. Buenos Aires: Editorial Norma, 2001 (La Otra Orilla).
- Bogotá: Editorial Norma, 2002, 2007.
- México, DF: Editorial Alfaguara/Universidad del Claustro de Sor Juana, 2002 (Colección Primero Sueño).
- Barcelona: Belacqva, 2007 (Colección La Otra Orilla).
- La Habana: Editorial Arte y Literatura, 2016 (Colección Orbis).
- El Mañana*. Buenos Aires: Editorial Seix Barral, 2010 (Biblioteca Breve).
- México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2010 (Tierra Firme).
- Cuidado con el tigre*. Buenos Aires: Editorial Seix Barral 2011 (Biblioteca Breve).
- La máscara sarda, el profundo secreto de Perón*. Buenos Aires: Editorial Seix Barral, 2012 (Biblioteca Breve).
- México: Fondo de Cultura Económica, 2012 (Colección Tierra Firme).
- Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2013.

Volúmenes de cuentos y de microficción

- Los heréticos*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1967.
- Aquí pasan cosas raras*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1975, 1991, 1996, 1997, 2000, 2005.
- Libro que no muerde*. México, DF: Difusión Cultural, UNAM, 1980 (Textos de Humanidades).
- Cambio de armas*. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1982, 1987, 1988, 1992, 1995, 1998, 2004, 2007.
- México, DF: Martín Casillas Editores, 1982, 1983.
- Buenos Aires: Editorial Norma, 2004 (La Otra Orilla).
- Bogotá: Editorial Norma, 2007 (La Otra Orilla).
- Donde viven las águilas*. Buenos Aires: Editorial Celta, 1983.

- Simetrías*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1993 (Colección Narrativas Argentinas).
Barcelona: Editorial Plaza y Janés, 1997.
- Cuentos completos y uno más*. México, DF/Buenos Aires: Alfaguara, 1999, 2001, 2003, 2007.
Buenos Aires: Alfaguara/Ministerio de Educación, 2007 (edición en dos volúmenes, no venal).
- Simetrías/Cambio de armas: Luisa Valenzuela y la crítica*. Valencia: Ediciones ExCultura, 2002 (Colección Entramados).
- Brevs. Microrrelatos completos hasta hoy*. Córdoba: Alción Editora, 2004.
- Brevs. Microrrelatos completos hasta ayer*. Buenos Aires: Macedonia Ediciones, 2017 (Colección Breves y Extraordinarios).
- Generosos inconvenientes*. Antología de cuentos. Selección y prólogo de Francisca Noguerol Jiménez. Barcelona: Menoscuarto Ediciones, 2008 (Colección Reloj de Arena).
- Juego de villanos*. Antología de microrrelatos. Selección y prólogo de Francisca Noguerol Jiménez. Barcelona: Thule Ediciones, 2008 (Colección Micromundos).
- Tres por cinco*. Madrid: Editorial Páginas de Espuma, 2008 (Colección Voces/Literatura).
Buenos Aires: Editorial Páginas de Espuma/La Compañía, 2010.
- ABC de las microfábulas*. Edición de arte ilustrada por Rufino de Mingo. Madrid: Del Centro Editores, 2009. Edición de arte ilustrada por Lorenzo Amengual. Buenos Aires: Editorial La Vaca, 2011.
México: Fondo de Cultura Económica, 2018.
- Zoorpresas zoológicas*. Microrrelatos. Buenos Aires: Editorial Macedonia, 2013.
- Zoorpresas y demás microfábulas*. Lima: Editorial El Gato Descalzo, 2013.
- Cambio de armas y otros cuentos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 2015.
- Cuentos de nuestra América*. Cuernavaca: Editorial La Ratona Cartonera, 2018.

El chiste de Dios y otros cuentos. Quindío, Colombia: Editorial Cuadernos Negros, 2017.
Buenos Aires: Editorial Voria Stefanovsky, 2019.

Ensayos y escritos autobiográficos

- Peligrosas palabras. Reflexiones de una escritora.* Buenos Aires: Editorial Temas, 2001 (Colección En el margen).
México, DF: Editorial Océano, 2002.
- Escritura y secreto.* México, DF: Editorial Ariel, 2002 (Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey).
Madrid: Fondo de Cultura Económica de España, 2003 (Cuadernos de la Cátedra Alfonso Reyes del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey).
- Los deseos oscuros y los otros (cuadernos de New York).* Buenos Aires: Editorial Norma, 2002.
- Acerca de Dios (o aleja).* Rosario: Editorial Fundación Ross, 2007 (Semillas de Eva).
- Taller de escritura breve.* Lima: Ed. Sarita Cartonera, 2007.
- Cortázar-Fuentes. Entrecruzamientos,* México DF y Buenos Aires: Editorial Alfaguara, 2014.
- Lecciones de arte.* México: Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, 2014 (Colección Consejos de Mentes Brillantes).
Madrid: Editorial Fineo, 2016.
- Diario de máscaras.* Buenos Aires: Editorial Capital Intelectual, 2014.
- Conversación con las máscaras.* Lima, Editorial Micrópolis, 2016.

Antologías y volúmenes mixtos

- Antología personal.* Buenos Aires: Ediciones Desde la Gente, 1998.
- El placer rebelde.* Antología general. Prólogo y selección de Guillermo Saavedra. Buenos Aires/México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2003.

Trilogía de los bajos fondos. Prólogo de Guillermo Piro.
México, DF: Fondo de Cultura Económica, 2004
(Colección Tierra Firme) (incluye: *Hay que sonreír*,
Como en la guerra, *Novela negra con argentinos*).

Obra editada por Luisa Valenzuela y otros

Luisa Valenzuela, Raúl Brasca y Sandra Bianchi, editores.
La pluma y el bisturí. Actas del 1^{er} Encuentro Nacional de
Microficción. Buenos Aires: Editorial Catálogos, 2008.

Libros de Luisa Valenzuela en traducción

Novelas

Hay que sonreír

Inglés: en *Clara, Thirteen Short Stories and a Novel*.
Traducido por Hortense Carpentier and J. Jorge Cas-
tello. Nueva York: Harcourt, Brace and Jovanovich,
1976 (= *Hay que sonreír* y *Los heréticos*).

Clara

Inglés: traducido por Andrea G. Labinger. Pitts-
burgh, PA: Latin American Literary Review Press,
1999 (Series Discoveries).

Francés: *Clara*, traducido por Brigitte Torres-
Pizzetta. París: Editions Orizons. 2013.

Serbio: *Moraš da se smeškaš*. Traducido por Ana
Markovic. Belgrado: Editorial Ágora, 2018.

Como en la guerra

Inglés: en *Strange Things Happen Here, Twenty-Six
Short Stories and a Novel*. Traducido por Helen R.
Lane. Nueva York, NY: Harcourt, Brace and Jovano-
vich, 1979 (= *Aquí pasan cosas raras* y *Como en la
guerra*).

He Who Searches. Traducido por Helen Lane.
Elmwood Park, IL: Dalkey Archive Press, 1987.

Cola de lagartija

Inglés: *The Lizard's Tail*. Traducido por Gregory Ra-
bassa. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1983.
Londres: Serpent's Tail, 1987, 1991, 1994.

Novela negra con argentinos

Inglés: *Black Novel (with Argentines)*. Traducido por Toby Talbot. Nueva York: Simon & Schuster, 1992. St. Leonards, N.S.W. (Australia): Allen & Unwin, 1992. Pittsburgh, PA: Latin American Literary Review Press, 2002.

Portugués: *Romance Negro com Argentinos*. Traducido por Paloma Vidal. Río de Janeiro/Belo Horizonte: Autêntica Editora/Ríos Ambiciosos, 2001.

Italiano: *Noir con Argentini*. Traducido por Francesca Dalle Pezze, prefacio de María Cecilia Graña. Verona: Pierluigi Perosini Editore, 2003.

Serbio: *Roman Noar s Argentincima*. Traducción de Ana Markovic. Belgrado: Editorial Ágora, 2015.

Realidad nacional desde la cama

Inglés: *Bedside Manners*. Traducido por Margaret Jull Costa. Nueva York: High Risk, 1995.

Londres: Serpent's Tail, 1995.

Italiano: *Realtà Nazionale vista dal Letto*. Prefacio de Antonio Melis. Traducido por Rodja Bernardoni. Siena: Edizione Gorée, 2006.

Alemán: "Argentinische Bettrealitäten". Traducido por Julia Schwaighofer. *Feuer am Wort*. Erzählungen. Aus dem argentinischen Spanisch von Helga Lion, Erika Pfeiffer, Julia Schwaighofer, Eva Srna und Birgit-Weilguny. Mit einem Vorwort von Erna Pfeiffer und einem Nachwort der Übersetzerinnen. Klagenfurt/Celovec: Edition Milo im Drava Verlag, 2008.

Coreano: en "Argentina desde la cama" (= *Realidad nacional desde la cama* y cinco cuentos). Traducido por Cho Hye Jin, Woo Suk Kyun y Park Byong Kyuz. Seúl: Editorial Somyong, 2010.

El Mañana

Alemán: *Morgen*. Traducido por Helga Lion y Gerald Wallner. Edition Milo im Drava Verlag, Viena, 2010.

El gato eficaz

Inglés: *Death Cats/El gato eficaz*. Edición bilingüe. Traducido por Jonathan Tittler. Publication Studio/Gob Q L.L.C. Portland, Oregon, 2010.

La máscara sarda

Francés: *Le masque sarde*. Traducido por Brigitte Torres-Pizzata. Orizons, París, 2017.

Volúmenes de cuentos

Los heréticos

Inglés: en *Clara, Thirteen Short Stories and a Novel*. Traducido por Hortense Carpentier y J. Jorge Castello. Nueva York: Harcourt, Brace and Jovanovich, 1976 (= *Hay que sonreír y Los heréticos*).

Aquí pasan cosas raras

Inglés: en *Strange Things Happen Here, Twenty-Six Short Stories and a Novel*. Traducido por Helen R. Lane. Nueva York, NY: Harcourt, Brace and Jovanovich, 1979 (= *Aquí pasan cosas raras y Como en la guerra*).

Italiano: *Qui succedono cose strane*. Traducido por Rodja Bernardoni. Siena: Edizione Gorée, 2009.

Cambio de armas

Inglés: *Other Weapons*. Traducido por Deborah Bronner. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1985, 1988, 1993, 1997.

Portugués: *Troca D'armas*. Traducido por Eduardo Brandão. São Paulo, Brasil: Art Editora, 1986.

Holandés: *Wisseling van wapens*. Traducido por Elisabeth van Elsen. Ámsterdam: Uitgeverij Wereldbibliotheek, 1988.

Japonés: *Buki no kokan*. Traducido por Ayako Saito. Tokio: Gendaikikakushitsu, 1990 (*Raten amerika bungaku senshu*, 2).

Serbocroata: *Promena oružja*. Traducido por Ksenija Bilbija. Belgrado: Izdavačko Preduzeće "Rad", 1995 (*Reči Misao*, 450).

Francés: *Passe d'armes*. Traducido por Brigitte Torres-Pizzetta. París: Éditions L'Harmattan, 2011.

Simetrías

Inglés: *Symmetries*. Traducido por Margaret Jull Costa. Londres/Nueva York: Serpent's Tail/High Risk, 1998.

Serbio: *Simetrije*. Traducido por Ana Markovic. Zrenjanin: Editorial Ágora, 2016.

Los deseos oscuros y los otros

Inglés: *Dark Desires and the Others*. Traducido por Susan E. Clark. Champaign and London: Dalkey Archive Press, 211.

Antologías de cuentos y volúmenes mixtos

Inglés:

Clara, Thirteen Short Stories and a Novel. Traducido por Hortense Carpentier y J. Jorge Castello. Nueva York: Harcourt, Brace and Jovanovich, 1976 (= *Hay que sonreír y Los heréticos*).

Strange Things Happen Here, Twenty-Six Short Stories and a Novel. Traducido por Helen R. Lane. Nueva York, NY: Harcourt, Brace and Jovanovich, 1979 (= *Aquí pasan cosas raras y Como en la guerra*).

Open Door. Stories by Luisa Valenzuela. Traducido por Hortense Carpentier, J. Jorge Castello, Helen Lane, Christopher Leland, Margaret Sayers Peden y David Unger. San Francisco, CA: North Point Press, 1988 (= selección de *Los heréticos, Aquí pasan cosas raras y Donde viven las águilas*). Londres: Serpent's Tail, 1992.

The Censors. Traducido por Hortense Carpentier, J. Jorge Castello, Helen Lane, Christopher Leland, Margaret Sayers Peden y David Unger. Willimantic, CT: Curbstone Press, 1988, 1992 (= antología bilingüe de cuentos, selección de *Los heréticos, Hay que sonreír, Aquí pasan cosas raras*).

Alemán:

Offene Tore. Geschichten aus Lateinamerika. Traducido por Erna Pfeiffer. Viena: Wiener Frauenverlag, 1996 (= selección de *Los heréticos, Aquí pasan cosas raras y Donde viven las águilas*).

Feuer am Wort. Erzählungen. Traducido por Helga Lion, Erika Pfeiffer, Julia Schwaighofer, Eva Srna y Birgit Weilguny. Mit einem Vorwort von Erna Pfeiffer und einem Nachwort der Übersetzerinnen. Klagenfurt/Celovec: Edition Milo im Drava Verlag, Wien 2008

(= antología de cuentos, selección de *Cambio de armas*, *Simetrías* y *Realidad nacional desde la cama*).

Farsi:

Dar umq-i shab asb-i tū hastam. دستهوت بسا بشدق معدرد.

Traducido por Maḥmūd Nafīsī. Los Ángeles, CA:

Zgraphix, 2004 (= antología de cuentos).

Serbio: *Peligrosas palabras*. Traducido por Ana Markovic. Zrenjanin: Editorial Ágora, 2019.

***Bibliografía monográfica sobre la obra de la autora
(en orden alfabético)***

Bernal Medel, Bisherú. *Escrituras que trazan memorias.*

La mujer habitada de Gioconda Belli y La Travesía de Luisa Valenzuela. México, DF: UNAM, 2011.

Bilbija, Ksenija. *Yo soy trampa. Ensayos sobre la obra de Luisa Valenzuela.* Buenos Aires: Feminaria Editora, 2003 (Colección Literatura y crítica).

Casa de las Américas 226. Semana de Luisa Valenzuela, varios autores. La Habana (enero/febrero, 2002).

Chikiar Bauer, Irene (comp.). *El vértigo de la escritura.* Buenos Aires, 2016.

Cordones-Cook, Juanamaría. *Poética de transgresión en la novelística de Luisa Valenzuela.* Nueva York: Peter Lang et al., 1991 (American University Studies, Series II: Romance Languages and Literature, 173).

Courau, Thérèse. *Luisa Valenzuela, Négociations féministes en littérature.* Editions Mare & Martin, Francia, 2019.

Daroqui, María Julia y Eleonora Croquer, editoras. *Luisa Valenzuela: Simetrías/Cambio de armas. Luisa Valenzuela y la crítica.* Valencia: Ediciones ExCultura, 2002.

Díaz, Gwendolyn y María Inés Lagos, editoras. *La palabra en vilo: narrativa de Luisa Valenzuela.* Santiago de Chile: Cuarto Propio, 1996.

Díaz, Gwendolyn, editora. *Luisa Valenzuela sin máscara:* Feminaria Editora (Colección Literatura y Crítica). Buenos Aires, 2002.

- Díaz, Gwendolyn, María Teresa Medeiros-Lichem y Erna Pfeiffer, editoras. *Texto, contexto y postexto. Aproximaciones a la obra de Luisa Valenzuela*. Instituto Internacional de Literatura Latinoamericana (Serie Nueva América). U. of Pittsburg, PA, 2010.
- Grijalva Monteverde, Dina. *Eros: juego, poder y muerte. El erotismo femenino en la narrativa de Luisa Valenzuela*. Culiacán: Editorial del Instituto Municipal de Cultura Culiacán, 2011.
- Letras Femeninas 27/1. Número especial sobre Luisa Valenzuela*. Juanamaría Cordones-Cook y Debra A. Castillo, editoras. Madison, WI: Asociación de Literatura Femenina Hispánica, 2001.
- Literatura y violencia. Lo real pavoroso en cuentos de Julio Cortázar y Luisa Valenzuela*. Guadalajara: Ediciones Cátedra Julio Cortázar, 2014.
- Magnarelli, Sharon. *Reflections/Refractions, Reading Luisa Valenzuela*. Peter Lang (American University Studies, Series II: Romance Languages and Literature, 80). Nueva York/Washington DC, 1988.
- Martínez, Z. Nelly. *El silencio que habla: aproximación a la obra de Luisa Valenzuela*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1994.
- Medeiros-Lichem, María Teresa. *Reading the Feminine Voice in Latin American Women's Fiction: From Teresa de la Parra to Elena Poniatowska and Luisa Valenzuela*. Peter Lang (Latin America, Interdisciplinary Studies, 2). Nueva York/Washington, DC, 2002.
- Michienzi, Rossella. *Simetrías/Cambio de armas: Luisa Valenzuela y la crítica*. Valencia: Ediciones ExCultura, 2002. *Luisa Valenzuela, Raconti dell'Indecibile*. Milán, Rayuela Edizione, 2016.
- Nogueira, Fátima. *Poéticas del devenir: Lispector y Valenzuela*. Santiago de Chile: RIL Editores, 2016.
- Popovic Karic, Pol y Chávez, Fidel (coords.). *Luisa Valenzuela. Perspectivas críticas*. Ensayos inéditos. México, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2013.

The Review of Contemporary Fiction: Luisa Valenzuela Number. vol. 6, núm. 3. Elmwood Park, IL, The Dalkey Archive Press, Fall 1986.

World Literature Today 69/4: "Focus on Luisa Valenzuela". Oklahoma University Press, Norman, OK, Autumn, 1995.

Reconocimiento y apreciaciones de la obra de Luisa Valenzuela por parte de críticos y pares de nuestro entorno

Silvia Hopenhayn

La escritura de Luisa Valenzuela corre por el cuerpo y se trasluce en las páginas. Tanto sus novelas [...] como sus libros de cuentos y de microrrelatos [...] parecen exhibir un secreto que las palabras mismas se empeñan en ocultar. [...] Valenzuela no le teme al secreto, y menos aun a la oscuridad. “Basta que se apague una luz —y a mi paso se apagan muchas luces— para que yo insista en seguir adelante con la esperanza de descubrir el recodo donde se agazapa el miedo.” Pero por suerte la literatura es patria portátil. “Se dice que no somos nadie si nuestro reflejo no figura en un cuento.” En este sentido, es fácil, y desafiante, encontrar el reflejo de la realidad argentina en varios cuentos de Valenzuela.

Igualmente, más que narrar lo ocurrido, sus textos responden a la ocurrencia.

El efecto de su escritura —a veces violenta, otras juguetona— invita a participar en una trama que parece gestarse en el momento de la lectura.

Leopoldo Brizuela (de “Luisa Valenzuela, la maravilla de escribir”)

Todos los escritores suelen contar una escena de infancia o adolescencia que equivale para ellos, más o menos conscientemente, más o menos secretamente, a un segundo nacimiento. No importa que en esta escena, muchas veces ni siquiera aparezcan ellos como protagonistas y que incluso pueda no hablarse de literatura. La memoria cada escritor la selecciona porque cifra como ninguna otra el momento en que comprendieron cuál era su oficio y, a la vez, qué tipo de literatura deseaban escribir.

En “La risa de Borges” Luisa Valenzuela se recuerda escuchando, desde algún cuarto lejano de la casa fami-

liar, las risas de [su madre] Luisa Mercedes Levinson y de Jorge Luis Borges que escribían a dúo el cuento “La hermana de Eloísa”. [...] La pasión compartida por la literatura, la admiración mutua, un muy probable enamoramiento de Borges y un humor que se regodeaba en la cita de coplas populares, eran las claves confesas de esa experiencia que luego ambos escritores recordarían como “felicidad pura”. [...]

A partir de los elementos de esta anécdota, [...] podemos entender muchos elementos de la obra posterior de Luisa Valenzuela. [...] Ese silencio que la joven Luisa advertía ya tras las risas de ambos y que entonces mismo se propuso transformar en voz; ese papel en blanco que fue su legado en la historia de la literatura argentina y en el que escribiría una obra tan impar.

Resumiendo: de aquella escena fundante protagonizada por Borges y Levinson, nos interesa señalar, más que los rasgos heredados por Luisa Valenzuela y por su propia escritura, esas secretas limitaciones de Borges y de Levinson, evidenciadas en las propias limitaciones del cuento, y que acaso funcionaron como desafíos para la flamante escritora que los escuchaba del otro lado del muro. Para conjurar las imposibilidades de ambos, para incluir temas y registros que les estaban vedados [...], Luisa Valenzuela concibió a la literatura de un modo completamente nuevo.

Gwendolyn Díaz

Las novelas de Luisa Valenzuela reflejan no sólo el mundo en que le tocó vivir sino también los impulsos profundos que motivan al individuo y a su cultura a movilizarse, sean éstos sus deseos más oscuros o sus ilusiones más brillantes. En sus novelas, la autora va tejiendo un tapiz complejo e imaginativo donde las constantes son el poder, el lenguaje, el erotismo y el humor, y la dinámica es siempre la búsqueda.

Guillermo Saavedra (fragmento del prólogo a la antología “El placer rebelde” (FCE)

Los libros de Valenzuela se empeñan en proponer versiones diferentes, personales y muchas veces revulsivas de los conflictos, sueños y pesadillas de los habitantes de estas latitudes. Y lo hacen fuertemente inscriptos en una tradición cultural que es indudablemente argentina.

Escrita a la luz de sus intuiciones personales, la obra de Valenzuela ilumina, acaso sin quererlo, la crónica de los años más terribles de la Argentina. [...]

En esa banquina peligrosa de una posible crónica de la realidad argentina [...] se verifica bastante más que un seguimiento testimonial. En ese territorio liminar en que las ficciones de Valenzuela construyen sus sentidos, hay un trabajo verdaderamente literario de reinterpretación de los hechos históricos y de sus protagonistas. Esa reformulación tiene cabida, ante todo, porque la agenda explícita o implícita de los cuentos, las novelas y los ensayos de Luisa Valenzuela, además de la terca y dolorosa materia de industria nacional, pone en juego de modo relevante la irrupción de la sexualidad como catalizador elemental de los mecanismos del deseo.

Esa puesta en escena suele privilegiar los enfrentamientos de género entre una masculinidad dominante y una feminidad lo bastante lúcida y fuerte como para intentar sobreponerse al sometimiento. Pero no se trata, conviene aclarar, de una mera reivindicación de los derechos de la mujer. Se busca, más bien, en esta obra, una aproximación crítica a las relaciones entre los sexos. No sólo para aclararlas o denunciar sus iniquidades y desencuentros históricos o el carácter eminentemente cultural de las identidades sexuales, sino también, y sobre todo, porque ellas son una medida ejemplar de todas las formas de dominación y una clave central de los modos en que se organiza lo social y se edifican los sueños individuales y colectivos.

En la variada narrativa de Valenzuela se registra, pues, una reubicación de los elementos en juego en las relaciones humanas contemporáneas.
[...]

Lo que se postula en esta obra es, antes que un sistema de oposiciones binarias del tipo “hombre-mujer” o “política-deseo”, un continuo, una circulación permanente entre el poder del deseo y los deseos del poder, a través de eróticas del poder y políticas del deseo que se implican constantemente de modo recíproco. El poder está en todas partes; la sexualidad, también, viene a decir Valenzuela, en la senda ya insoslayable abierta por Michel Foucault.

En la imaginería de las ficciones de Valenzuela, poder y deseo dirimen sus conflictos en un universo material, palpablemente corpóreo. [...] El cuerpo es origen de la escritura y teatro del poder y del deseo; el lugar donde se imprimen las marcas de la cultura, el Estado, los intercambios económicos, y donde esas marcas se reorganizan para volverse escritura.

Carta de postulación de la Fundación El Libro de Buenos Aires

Buenos Aires, 30 de septiembre de 2019

Señores

Premio Internacional Carlos Fuentes
a la Creación Literaria en el Idioma Español

Por la presente nos complace aportar nuestro apoyo entusiasta a la postulación de la escritora argentina Luisa Valenzuela al importantísimo premio.

Luisa es una de las mayores plumas latinoamericanas, también con una trayectoria en la docencia y en el periodismo, que ha marcado su producción en la literatura con libros de enorme importancia, participaciones en congresos, distinciones y premios. Tampoco puede obviarse que en su momento fue adjudicataria de las becas Fulbright y Guggenheim. En 2017, además, fue la escritora que inauguró, con un discurso, la 43^a Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, que es el mayor acontecimiento cultural de Latinoamérica.

Haciendo votos por una decisión favorable, los saludamos con atenta consideración.

María Teresa Carbano
Presidenta
Fundación El Libro

Oche Califa
Director Institucional y Cultural
Fundación El Libro

Carta de postulación del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

Buenos Aires, 30 de septiembre de 2019.

Miembros del Jurado
Premio Internacional Carlos Fuentes
a la Creación Literaria en el Idioma Español
Presentes

La presente tiene como finalidad, en nombre de la Dirección de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, proponer a la autora literaria LUISA VALENZUELA como candidata para ser acreedora al Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español. Los motivos que respaldan la postulación se mencionan a continuación:

Luisa Valenzuela es probablemente la escritora argentina actual más reconocida internacionalmente. Desde pequeña nadó con displicencia en aguas de alta literatura. En casa de su madre, Luisa Mercedes Levinson, se reunían los mayores intelectuales de la época: Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Syria Poletti, Ana Emilia Lahitte, Olga Orozco, Eduardo Mallea, Conrado Nalé Roxlo y tantos otros. A los 20 años contrajo matrimonio con un francés y en París se vinculó con integrantes de *Nouveau Roman*, asistiendo al nacimiento del grupo Tel Quel. De regreso en su patria se consagró al periodismo y a la literatura. En 1969 obtuvo la beca Fulbright y pasó nueve meses en el célebre Programa Internacional de Escritores en la Universidad de Iowa, junto con Fernando del Paso, Carmen Naranjo, Carlos Germán Belli y otros. En 1979 se trasladó a Nueva York donde permaneció diez años. Allí fue sucesivamente Escritora en Residencia y luego

profesora en los departamentos de inglés de las prestigiosas universidades de Columbia y Nueva York (NYU).

Su carrera literaria floreció en Estados Unidos. Susan Sontag la mencionó como una de sus tres escritores favoritos del mundo (*NY Times*, octubre 10, 1980) y más adelante la invitó a formar parte del New York Institute for the Humanities, el prestigiosísimo Think Tank. A medida que se publicaban sus libros en traducción fue ampliamente reconocida por la crítica estadounidense y muchas publicaciones de envergadura le dedicaron números monográficos: *American Poetry Review* vol. 8. núm. 2, marzo/abril, 1979. *The Review of Contemporary*: Luisa Valenzuela Number. vol. 6. núm 3, 1986. *World Literature Today* 69/4, 1995. Su entrevista en la *París Review* figura junto a los nombres mayores de la literatura, septiembre, 1999/febrero, 2000, en el Whitney Museum of American Art, y en la muestra titulada *The American Century* su libro *Strange things happen here* estuvo expuesto entre las diez obras que en la década de los setenta influenciaron el arte estadounidense.

Numerosos simposios y jornadas le fueron dedicadas, entre otras: 1994, Puterbaugh Conference; 2001, “Semana de Autor(a)”, Casa de las Américas, La Habana; 2002, Jornadas Luisa Valenzuela sin máscaras en el auditorio del MALBA (Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires); 2008, Simposio Internacional “Aproximaciones a la obra literaria de Luisa Valenzuela”, Universidad de Viena; 2009, la Feria Internacional del Libro, Monterrey, México, fue dedicada a su obra; 2015, Jornadas Luisa Valenzuela “El vértigo de la escritura”, Buenos Aires, Museo MALBA y Biblioteca Nacional.

Luisa Valenzuela es doctora Honoris Causa de la Universidad de Knox, Illinois, EU, de la Universidad de San Martín, Buenos Aires, Argentina, y miembro de la American Academy of Arts en Sciences. Ha recibido numerosos premios, tales como el Gran Premio de honor de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores) y el Premio León de Greiff al Mérito Literario en Medellín, Colombia (2017). En 2017 brindó el discurso de apertura de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, en di-

ciembre del corriente año abrirá el Salón Literario Carlos Fuentes en la FIL de Guadalajara. En septiembre de 2019 se inauguró la novedosa Biblioteca de Microrrelatos Luisa Valenzuela, en la prestigiosa y antigua Biblioteca del Congreso de la Nación.

Atentamente,

Sergio Baur
Embajador

Alegato sobre los méritos de Luisa Valenzuela

Tengo el honor de dirigirme a los miembros del Jurado desde mi función de director de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina y, por lo tanto, responsable de la difusión de la cultura argentina en el exterior; de miembro del Comité Organizador del VIII Congreso Internacional de la Lengua Española que tuvo lugar en la ciudad de Córdoba, Argentina, en marzo de 2019, y de miembro de número de la Academia Nacional de Bellas Artes.

Al respecto, vengo a postular a la escritora Luisa Valenzuela al Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español 2019.

Fundamentos

La obra de Luisa Valenzuela, nacida en 1938, escrita en español, fue ampliamente traducida, publicada y reconocida, incluso por el mismísimo Carlos Fuentes.

En particular, 12 de sus libros fueron traducidos mediante el Programa Sur de Traducciones, cuya comisión de selección presido, desde el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina.

Asimismo, su contribución a la difusión del español le valió ser invitada especial al VIII Congreso Internacional de la Lengua Española realizado en 2019.

En efecto, Luisa Valenzuela, autora de más de 30 libros —ensayos y obras de ficción—, indaga la relación entre el lenguaje y el poder, manteniéndose atenta a los tiempos cambiantes en nuestro mundo globalizado.

Su producción literaria incursiona en lo que ella llama el “Secreto”, los terrenos no cartografiados del ser, excavando memorias inhibidas en los “laberintos subterráneos” de la psiquis humana. Al mismo tiempo, marca un hito en los estudios de género y en la discusión de la es-

pecificidad de un lenguaje “femenino”, lo que ella llama “un acercamiento al lenguaje diferente de los hombres”.

Los argentinos no dudamos del valor de la obra de Luisa Valenzuela.

Al respecto, Julio Cortázar dejó palabras definitivas sobre el valor de la obra de la postulante. Además de mencionar su nombre en diversas entrevistas, escribió sobre la autora en *Review. Latin American Literature and Arts*, número 24, 1979:

Poco a poco empezamos a deslindar territorios confusos, y los mejores escritores argentinos trabajan en la búsqueda y muchas veces el hallazgo de ese difícil equilibrio del que siempre ha surgido la gran literatura. Luisa Valenzuela me parece un acabado ejemplo de lo que afirmo.

Valiente, sin autocensuras ni ultranzas: cuidadosa de su lenguaje, exorbitado cuando es necesario pero deliciosamente fino y recatado allí donde la realidad también lo es, Luisa Valenzuela avanza a lo largo de varios libros que marcan lúcidamente un derrotero poco frecuente, el de una mujer profundamente anclada en su condición, consciente de discriminaciones todavía horribles en nuestro continente y a la vez llena de una alegría de vida que la lleva a superar las etapas primarias de la protesta o de la supervaloración de su sexo para colocarse en un perfecto pie de igualdad con cualquier literatura, masculina o no.

Leerla es tocar de lleno en nuestra realidad, allí donde el plural sobrepasa las limitaciones del pasado; leerla es participar en una búsqueda de identidad latinoamericana que contiene por adelantado su enriquecimiento. Los libros de Luisa Valenzuela son nuestro presente pero contienen también mucho de nuestro futuro; hay verdadero sol, verdadero amor, verdadera libertad en cada una de sus páginas.

Por su parte, el mismísimo Carlos Fuentes supo mencionar el nombre de Luisa Valenzuela en muy diversas oportunidades entre los grandes de la literatura del continente. Sobre su novela *Cola de lagartija* escribió: “Luisa Valenzuela es la heredera de la literatura latino-

americana. Usa una corona opulenta pero tiene los pies descalzos”.

En 1984 entablaron juntos un diálogo público, “North/South”, en el Poetry Center de Nueva York.

Más adelante Fuentes la invitó a formar parte del Consejo Consultivo de la flamante Cátedra Alfonso Reyes, creada por él en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Y dice así en su libro *La gran novela latinoamericana*, 2011 (pp. 340-341):

Luisa Valenzuela es una escritora disfrazada de sí misma. Quiero decir: en sus novelas, ella siempre está presente. Si su escritura oculta a la escritura, ella se encarga de re-representarse mediante breves ejercicios —intrusiones— filosóficos, ensayísticos, en apariencia un tanto ajenos a la ficción relatada. Es una trampa: Valenzuela gusta de hacerse presente en sus libros para que, en ese momento, la ficción misma se vuelva ausente y nos obligue a olvidarla por un rato y luego regresar a ella, no sin cierto sentido del pecado propio.

¿Por qué este complicado juego autoral? Pues porque el gran tema de Valenzuela es el secreto. En su *Novela negra con argentinos* de 1990, Valenzuela describe a personajes disfrazados. Todos son lo que son porque no son lo que parecen ser.

Resulta así que Valenzuela juega un juego de juegos. Ella, autora, se hace presente sólo para alejar al libro y a los personajes pero éstos, a su vez, detrás de sus disfraces, son portadores de un secreto. Es más: necesitan la intrusión autoral y su propio disfraz (que al cabo disfraza de autor mismo) para revelarnos la verdad de sus vidas, que no depende ni de la autoría de Valenzuela ni de sus personales disfraces.

La verdad es un secreto. El lenguaje es un poder entre lenguaje y verdad. Valenzuela ubica al secreto como la realidad real del poder. El yo pensante no es igual al yo existente. Entre ambos se cuela, por ejemplo, el sueño, que es “el sabueso del secreto”. Se presenta, en el otro extremo, el lector, para el cual la novela es un secreto también, en la medida en que todo lector está, al mismo tiempo, presente en la lectura pero presente en la ficción.

Lo extraordinario de las novelas de Valenzuela es que el origen de sus ficciones es la realidad más inmediata y palpable de la Argentina durante una década (1979-1989). La escritora se exilió de una nación dominada y degradada (torturas, asesinatos, campos de concentración, desapariciones) por su elenco militar amparado, indiscriminadamente, por las políticas anticomunistas de la guerra fría, añadidas a las persecuciones de toda persona no adicta, aunque no lo dije expresamente, o porque no lo dijese, a la dictadura militar.

Valenzuela regresa a la Argentina en 1989 y no reconoce a su patria. La tiranía militar, el régimen bufo de Isabel Perón y el brujo López Rega, han deformado al país que Valenzuela dejó una década antes. Ella no reconoce a su patria porque su patria ha dejado de conocerse a sí misma. Valenzuela se une a una larga búsqueda no sólo de la nación perdida, sino de la nación nueva por encontrar. La realidad creada por la represión es una trampa que disfraza al país. Valenzuela responde con otra trampa para entrapar a los tramposos. Un lenguaje de significados múltiples, en contra del lenguaje de significado único de la dictadura. Un texto textilero, dice Valenzuela, texto-tela, visible, pero encubridor de los secretos que mejor escondemos, los secretos del cuerpo, sus enfermedades, sus manías, sus necesidades, lo más común.

Terrible manera de contestarle a una tiranía: has violado mi cuerpo, has torturado lo que nos es común a todos. El miserable cuerpo humano.

Añado que Valenzuela hace una clara ubicación del secreto en las clases dominantes de la Argentina y las obliga a conocer (aunque no sepa responder) una pregunta: ¿Han sustituido ustedes a Dios por el secreto? ¿Es el secreto el Dios del poder? ¿Puede una novela ofrecerles un lenguaje sin poder, pero con nuevos significados: un lenguaje mariposa, volátil y colorido e inapresable?

Igualmente, publicaciones especializadas han opinado sobre la obra de Luisa Valenzuela de la siguiente manera:

Los cuentos de Luisa Valenzuela son obras maestras. Valenzuela es uno de esos escritores difíciles de encontrar, cuyas palabras poseen una realidad aguda y un encanto

en el modo en que las palabras se ven, suenan y sugieren significados y cuyos cuentos encuentran la forma de crear vida propia; están empapados de una riqueza y una atracción extraña y colorida. Poseen la virtud de convertirse en cosas que se mueven. Crean una presencia física.

Academic Library Book Review, abril, 1990.

He aquí cuentos que exploran los límites de lo que usualmente se cree posible hacer en ficción al mismo tiempo que nos recuerdan cuánto debemos exigir de la ficción de nuestro tiempo.

Review of Contemporary Fiction.

Las narraciones de Valenzuela bajo ciertas circunstancias se convierten en actos políticos; no sólo dan testimonio de una realidad oscurecida por los *slogans* huecos de los demagogos, también reviven un sentido de lo fantástico que, como el humor, puede conducir a la rebelión y la liberación.

Boston Review.

Asimismo, los méritos de Luisa Valenzuela fueron reconocidos en el ámbito académico:

- Es doctora Honoris Causa de Knox College, Illinois, EU, y de la Universidad de San Martín, Buenos Aires, Argentina.
- Es miembro de la American Academy of Arts and Sciences.
- Entre muchos otros ha recibido el Premio León de Greiff al Mérito Literario en Medellín, Colombia (2017).
- 2017: Discurso de apertura de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, la tercera mujer en inaugurar la FIL en 40 años.
- 2018: Conferencia de clausura del 56º Congreso Internacional de Americanistas en Salamanca.
- 2019, marzo: Participó en el VIII Congreso Internacional de la Lengua Española.
- 2019, septiembre: Inauguración de la Biblioteca de Microrrelatos Luisa Valenzuela, en la Biblioteca del Congreso de la Nación.

- 2019 (diciembre 1): Discurso de apertura del Salón Literario Carlos Fuentes. FIL Guadalajara.

Conclusión

Luisa Valenzuela es una de las voces más significativas de la literatura argentina. Su presencia no elude, tanto a la experimentación narrativa a lo largo de muchas décadas de trabajo, como el registro y el testimonio de distintos capítulos de la historia argentina, en los que la escritora se ubica como testigo y referente.

Desde mi posición como diplomático en el ámbito de las relaciones culturales de la Argentina en el exterior, considero que la figura de Luisa Valenzuela convoca grandes expectativas entre los más diversos públicos de las ferias del libro, encuentros internacionales de escritores y lecturas, permitiéndole establecer un diálogo continuo con sus lectores, condición que la convierte en una escritora muy cercana a todas las generaciones y en especial a las más nuevas.

Con gran satisfacción he comprobado a lo largo de más de una década, desde la creación del Programa Sur de Traducciones, que cada año más editores extranjeros solicitan nuestro apoyo para la traducción de las obras de Luisa Valenzuela, lo que significa un creciente interés de los editores internacionales con respecto a su obra.

Tal como dijera Carlos Fuentes, Luisa es la heredera de la ficción latinoamericana; o como reconociera Julio Cortázar, es destacable su “valentía, sin autocensuras ni ultranzas”.

Por todo esto y más también, la Dirección de Cultura de la Cancillería Argentina se siente orgullosa de proponer a Luisa Valenzuela para el prestigioso Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español 2019.

Sergio Baur
Embajador

Carta de postulación de la Universidad de Salamanca

Escuela de Doctorado
“Studiis Alamantini”
Departamento de Literatura Española
e Hispanoamericana
Universidad de Salamanca
Campus de excelencia internacional

Miembros del Jurado
Premio Internacional Carlos Fuentes
a la Creación Literaria en el Idioma Español
Presentes

Fecha: 29/09/ 2019

La presente tiene como finalidad, en nombre de la Universidad de Salamanca (España), proponer a la autora Luisa Valenzuela como candidata para ser acreedora al Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español.

Los motivos que respaldan la postulación se mencionan a continuación:

Luisa Valenzuela (Buenos Aires, 1938), ciudadana ilustre de la Ciudad de Buenos Aires, presidenta del Centro PEN argentino, doctora Honoris Causa de la Universidad de Knox (Illinois), medalla Machado de Assis de la Academia Brasileña de Letras y miembro de la American Academy of Arts and Sciences, se descubre como una de las escritoras en español más reconocidas. Es autora de una extensísima obra por la que se mantiene completamente activa hasta nuestros días, como puede comprobarse por la fecha de publicación de sus creaciones y por los cursos que dicta, creación que incluye novelas —*Hay que sonreír*

(1966), *El gato eficaz* (1972), *Como en la guerra* (1977), *Cola de lagartija* (1983), *Realidad nacional desde la cama* (1990), *Novela negra con argentinos* (1990), *La Travesía* (2001), *El Mañana* (2010), *Cuidado con el tigre* (2011) y *La máscara sarda: el profundo secreto de Perón* (2012)—, libros de cuentos —*Los heréticos* (1967), *Aquí pasan cosas raras* (1975), *Libro que no muerde* (1980), *Cambio de armas* (1982), *Donde viven las águilas* (1983), *Simetrías* (1993), *Cuentos completos y uno más* (1999), *Tres por cinco* (2008), *Generosos inconvenientes* (2008)—, microrelatos —*Breves* (2004), *Juego de villanos* (2008), *ABC de las microfábulas* (2009), *Zoorpresas zoológicas* (2012)— y ensayos —*Peligrosas palabras. Reflexiones de una escritora* (2001), *Escritura y secreto* (2002), *Los deseos oscuros y los otros* (cuadernos de New York) (2002), *Acerca de Dios (o aleja)* (2007), *Taller de escritura breve* (2007), *Cortázar/Fuentes. Entrecruzamientos* (2014), *Lecciones de arte. El entusiasmo* (2014) y *Diario de máscaras* (2014)—.

Esta autora plural, que no ha rebajado la calidad de los textos en ningún momento, se revela como especialmente merecedora del premio Carlos Fuentes por los motivos que se detallan a continuación:

- Su dilatada carrera, que abarca ya 53 años de ininterrumpida dedicación a la literatura y en la que ha realizado una obra tan cohesionada entre sí por temas y motivos, como ambiciosa en sus resultados. En ella, haciendo gala de su proverbial ironía, las meditaciones de cariz ensayístico —entre las que cobran especial importancia las dedicadas al “signo mujer”— se dan la mano con textos de denuncia y obras de alto contenido lúdico.
- Su proyección internacional, que la descubre como la autora argentina más reconocida fuera de las fronteras nacionales en nuestros días. Así, cuenta con innumerables traducciones de sus textos a diversos idiomas —japonés, coreano, serbio, árabe— y su valía ha sido puesta de manifiesto en diversas conferencias internacionales dedicadas a su obra —con sus correspondientes publicaciones—, entre las que destacan las jornadas

celebradas en Oklahoma (la prestigiosa Puterbaugh Conference en 1995), en Casa de las Américas (La Habana, 2001), en la Universidad de Viena (2008), en la Feria del Libro de Monterrey, México (2009) y en el museo MALBA de Buenos Aires-Biblioteca Nacional-Universidad de San Martín (2015). De acuerdo con esta proyección, a Valenzuela le fue otorgado el honor de presentar la conferencia plenaria de apertura en más de un congreso LASA o MLA, máximos exponentes de los estudios literarios en español, y ha sido reconocida en antologías de literatura universal como única exponente de las letras latinoamericanas (Jerome Beaty: *The Norton Introduction to Fiction*. New York and London, Norton and Company, 1973; James Burl Hogins: *Literature*. Chicago, Science Research Associates, 1984). El último libro sobre su obra acaba de aparecer este año en Francia firmado por Thérèse Courau (*Luisa Valenzuela, Négociations féministes en littérature*. Editions Mare & Martin, 2019). Destacamos por último en este ítem cómo sus textos forman parte de los programas académicos de numerosas universidades americanas —en Estados Unidos tanto en inglés como en español—, europeas y asiáticas.

- Su aportación teórica al campo de los estudios literarios. De acuerdo con los grandes motivos que vertebran su obra —la indagación en los conceptos de *poder, deseo y lenguaje*—, Valenzuela ha sabido elaborar un pensamiento tan original como rupturista, plasmado sin empacho en sus obras de creación.
- Su actitud comprometida con la realidad en la que vive desde sus inicios como periodista, hecho comprobable desde su primera novela —*Hay que sonreír*, en la que aborda el problema del feminicidio— a nuestros días, y que explica su pronta membresía en el Freedom to Write Committee de PEN American Center.
- Por último, se destaca cómo el premio reconocería la común admiración que se profesaron Carlos Fuentes y Luisa Valenzuela. La autora le ha dedicado el libro de ensayos ya citado, *Cortázar-Fuentes. Entrecruzamientos* (2014) y, por su parte, Fuentes siempre

manifestó su empatía con una obra de la que realizó afirmaciones como la que cierra esta postulación, y las dos páginas laudatorias que pueden leerse en *La gran novela latinoamericana* (Madrid, Santillana, 2011, pp. 340-341). Porque “Luisa Valenzuela es la heredera de la literatura latinoamericana. Usa una corona opulenta y barroca pero tiene los pies desnudos”.
Carlos Fuentes.

De ella se ha dicho:

“Valiente, sin autocensuras ni ultranzas; cuidadosa de su lenguaje, exorbitado cuando es necesario pero deliciosamente fino y recatado allí donde la realidad también lo es... Leerla es tocar de lleno en nuestra realidad, allí donde el plural sobrepasa las limitaciones del pasado; leerla es participar en una búsqueda de identidad latinoamericana que contiene por adelantado su enriquecimiento. Los libros de Luisa Valenzuela son nuestro presente pero contienen también mucho de nuestro futuro; hay un verdadero sol, verdadero amor, verdadera libertad en cada una de sus páginas.” *Julio Cortázar*.

“Entre los escritores que admiro a nivel internacional se encuentran Italo Calvino de Italia, Danilo Kis de Yugoslavia, George Konrad de Hungría y Luisa Valenzuela de Argentina.” *Susan Sontag*.

“Luisa Valenzuela ha inventado un nuevo estilo de escritura: conciso, agudo, metafórico, fantástico y a veces profundo. El sexo suele ser una metáfora para la política. Y la muerte juega su papel.” *Suzane Rutta en el Village Voice sobre Aquí pasan cosas raras*.

“Luisa Valenzuela pone la lengua sobre el tapete. Toda la carne en el asador. Se juega en lo dicho, juega con el decir. Jugoso es el sentido de su letra. En el susurro, en el silencio, en el grito. Su nueva novela, *El Mañana*, es un verdadero *thriller* del lenguaje. El enigma se encuentra, precisamente, en la escritura de una mujer [...] En esta novela de suspenso, Valenzuela hace zarpar la nave en busca del tesoro de la lengua. Y lo encuentra.” *Silvia Hopenhayn sobre El Mañana*.

Bibliografía selecta

Bernal Medel, Bisherú. *Escrituras que trazan memorias. La mujer habitada de Gioconda Belli y La Travesía de Luisa Valenzuela*, México, DF: Editorial Universidad Autónoma de México, 2011; Bilbija, Ksenija. *Yo soy trampa. Ensayos sobre la obra de Luisa Valenzuela*. Buenos Aires: Feminaria Editora, 2003 (Colección Literatura y crítica); *Casa de la Américas* 226. Semana de Luisa Valenzuela, varios autores. La Habana (enero/febrero, 2002); Cordones-Cook, Juanamaría. *Poética de transgresión en la novelística de Luisa Valenzuela*. Nueva York: Peter Lang et al., 1991 (American University Studies, Series 11: Romance Languages and Literature, 173); Daroqui, María Julia y Eleonora Croquer, editoras. *Luisa Valenzuela: Simetrías/Cambio de armas. Luisa Valenzuela y la crítica*. Valencia: Ediciones ExCultura, 2002; Díaz, Gwendolyn y María Inés Lagos, editoras. *La palabra en vilo: narrativa de Luisa Valenzuela*. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 1996; Díaz, Gwendolyn, editora. *Luisa Valenzuela sin máscara*: Feminaria Editora (Colección Literatura y Crítica). Buenos Aires, 2002; Díaz, Gwendolyn, María Teresa Medeiros-Lichem, y Erna Pfeiffer, editoras. *Texto, contexto y postexto. Aproximaciones a la obra de Luisa Valenzuela*. Instituto Internacional de Literatura Latinoamericana (Serie Nueva América). U. of Pittsburg, PA, 2010; *Letras Femeninas* 27/1. Número especial sobre Luisa Valenzuela. Juanamaría Cordones-Cook y Debra A. Castillo, editoras. Madison, WI: Asociación de Literatura Femenina Hispánica, 2001; Grijalva Monteverde, Dina. *Eros: juego, poder y muerte. El erotismo femenino en la narrativa de Luisa Valenzuela*. Culiacán: Editorial del Instituto Municipal de Cultura Culiacán, 2011; *Literatura y violencia. Lo real pavoroso en cuentos de Julio Cortázar y Luisa Valenzuela*. Guadalajara: Ediciones Cátedra Julio Cortázar, 2014; Magnarelli, Sharon *Reflections/Refractions, Reading Luisa Valenzuela*. Peter Lang (American University Studies, Series 11: Romance Languages and

Literature, 80). Nueva York/Washington, DC, 1988; Martínez, Z. Nelly. *El silencio que habla: aproximación a la obra de Luisa Valenzuela*. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 1994; Medeiros-Lichem, María Teresa. *Reading the Feminine Voice in Latin American Women's Fiction: From Teresa de la Parra to Elena Poniatowska and Luisa Valenzuela*. Peter Lang (Latin America Interdisciplinary Studies, 2). Nueva York/Washington, DC, 2002; Popovic Karic, Pol y Fidel Chávez (coord.). *Luisa Valenzuela, Perspectivas críticas. Ensayos inéditos*. México, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 2013; *The Review of Contemporary Fiction: Luisa Valenzuela Number*. vol. 6, núm. 3, Elmwood Park, IL, The Dalkey Archive Press, Fall 1986; *World Literature Today* 69/4: Focus on Luisa Valenzuela. Oklahoma University Press, Autumn 1995; *El vértigo de la escrita. Jornada Luisa Valenzuela 2015* (Irene Chikiar Bauer, 2016).

Por último, se destaca cómo se han leído más de un centenar de tesis doctorales sobre su obra en universidades de los cinco continentes.

Atentamente,

Manuel Ambrosio Sánchez
Director del Departamento de Literatura Española
e Hispanoamericana

Francisca Noguerol
Coordinadora del programa de doctorado español:
Investigación Avanzada en Lengua y Literatura.

Carta de postulación de la Universidad Nacional de San Martín

Fecha: 30 de septiembre de 2019

Miembros del Jurado
Premio Internacional Carlos Fuentes
a la Creación Literaria en el Idioma Español
Presentes

Por medio de la presente, en representación de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), Buenos Aires, Argentina, tengo el honor de proponer a la autora literaria Luisa Valenzuela como candidata al Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español.

Luisa Valenzuela fue la primera personalidad de las letras en recibir el doctorado Honoris Causa de nuestra Universidad, en reconocimiento a su admirable trayectoria, obra y personalidad. Su trabajo ha sido ampliamente traducido y es objeto de estudio en universidades de todo el mundo. Sus libros han sido publicados en más de 17 países y a lo largo de su carrera Luisa ha recibido distinciones y premios de diversa índole, entre los que se destacan la Medalla Machado de Assis de la Academia Brasileña de Letras, el doctorado Honoris Causa de la Universidad de Knox (Illinois), el Gran Premio de honor de la SADE (2016), entre otros. Además, es Personalidad Destacada de las Letras y Ciudadana Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires. Su profundo compromiso social la llevó a ser miembro de diversas instituciones internacionales de derechos humanos, y presidenta del Centro PEN Argentina hasta mediados del corriente año.

Por lo expuesto, es un honor para la UNSAM proponer a Luisa Valenzuela como candidata al destacado Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español.

Saludo a ustedes atentamente,

Carlos Greco
Rector
Universidad Nacional de San Martín

Acta de premiación

En la Ciudad de México, siendo las 10:00 horas del día 11 de octubre de 2019, reunidos en la Sala Azul de la sede de la Secretaría de Cultura, ubicada en Arenal número 40, Colonia Hacienda de Guadalupe Chimalistac, alcaldía Álvaro Obregón, C.P. 01070, Ciudad de México, y encontrándose presentes en su carácter de miembros del jurado, Mtro. Gonzalo Celorio Blasco, Dr. Jorge Volpi Escalante, Mtro. José Luis Rivas Vélez, Mtra. Carmen Boullosa y Mtro. Luis Goytisolo, manifiestan que se han reunido en este acto para llevar a cabo la evaluación y selección de la propuesta ganadora del Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español.

El premio fue promovido por la Secretaría de Cultura y la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de una convocatoria pública dirigida a ministerios, secretarías de Estado e instancias gubernamentales encargadas de la promoción y difusión de la cultura y las artes en los países de Iberoamérica, así como academias pertenecientes a la Asociación de Academias de la Lengua Española, instituciones de educación y de cultura, públicas o privadas, nacionales e internacionales, que por su naturaleza, fines u objetivos se encuentran vinculadas a la literatura en lengua española.

De conformidad con las bases de la convocatoria, el jurado designó a Carmen Boullosa como presidente, quien dio lectura a la lista de los candidatos presentados por 28 instituciones de 10 países.

Después de haber llevado a cabo la revisión de las propuestas presentadas por las distintas instancias, el jurado ha acordado por consenso designar ganadora de esta emisión del premio a Luisa Valenzuela, quien firmará el contrato correspondiente con la Secretaría de Cultura, por la cantidad equivalente en pesos mexica-

nos a \$125,000.00 USD, al tipo de cambio del día de la publicación de la convocatoria, mismos que recibirá al momento de la premiación.

Los motivos expuestos por los miembros del jurado para la selección de la ganadora son: “Por la extensión y la inteligencia de su obra, su genialidad narrativa, la constancia y presencia en sus publicaciones, el acierto en cuatro géneros (la novela, el cuento, el microrrelato y el ensayo), su sentido lúdico y creativo, el elemento reflexivo de su obra y su vinculación con la sociedad —lo que la hermana a Carlos Fuentes—, así como por su estudio de los entrecruzamientos entre autores latinoamericanos y la curiosidad viajera reflejada en sus escritos.”

La noticia de la ganadora se dará a conocer en la Ciudad de México, el 11 de octubre de 2019.

Leída que fue la presente acta y enteradas las partes de su contenido, y no habiendo nada más que agregar, se da por terminada la reunión para la evaluación y selección de las candidaturas al Premio Internacional Carlos Fuentes a la Creación Literaria en el Idioma Español, a las 10:39 horas del mismo 11 de octubre de 2019 y firmándose para que obre como constancia.

Miembros del jurado

Por el Comité Organizador

Carlos Fuentes. Sobre Luisa Valenzuela

Luisa Valenzuela es una escritora disfrazada de sí misma. Quiero decir: en sus novelas, ella siempre está presente. Si su escritura oculta a la escritura, ella se encarga de re-representarse mediante breves ejercicios —intrusiones— filosóficos, ensayísticos, en apariencia un tanto ajenos a la ficción relatada. Es una trampa: Valenzuela gusta de hacerse presente en sus libros para que, en ese momento, la ficción misma se vuelva ausente y nos obligue a olvidarla por un rato y luego regresar a ella, no sin cierto sentido del pecado propio.

[...]

Resulta así que Valenzuela juega un juego de juegos. Ella, autora, se hace presente sólo para alejar al libro y a los personajes pero éstos, a su vez, detrás de sus disfraces, son portadores de un secreto. Es más: necesitan la intrusión autoral y su propio disfraz (que al cabo disfraza de autor mismo) para revelarnos la verdad de sus vidas, que no depende ni de la autoría de Valenzuela ni de sus personales disfraces.

La verdad es un secreto. El lenguaje es un poder entre lenguaje y verdad. Valenzuela ubica al secreto como la realidad real del poder. El yo pensante no es igual al yo existente. Entre ambos se cuele, por ejemplo, el sueño, que es “el sabueso del secreto”. Se presenta, en el otro extremo, el lector, para el cual la novela es un secreto también, en la medida en que todo lector está, al mismo tiempo, presente en la lectura pero presente en la ficción.

[...]

Añado que Valenzuela hace una clara ubicación del secreto en las clases dominantes de la Argentina y las obliga a conocer (aunque no sepa responder) a una pregunta: ¿Han sustituido ustedes a Dios por el secreto? ¿Es el

secreto el Dios del poder? ¿Puede una novela ofrecerles un lenguaje sin poder, pero con nuevos significados: un lenguaje mariposa, volátil y colorido e inapresable?

Fragmentos de *La gran novela latinoamericana*
seleccionados por Silvia Lemus
(México, Alfaguara, 2011).

Palabras de Luisa Valenzuela en la ceremonia de entrega del Premio Internacional Carlos Fuentes

Quiero expresar mi agradecimiento profundo a quienes integraron tan prestigioso jurado, a la muy querida y admirable Silvia Lemus, a las autoridades presentes.

Este importantísimo galardón me honra, enorgullece y emociona en muy diversos sentidos, llevando el nombre que lleva y viniendo de un país que amo tanto y desde hace tanto tiempo.

Tengo entendido que soy la primera mujer en recibirlo; muchas escritoras de alto vuelo lo merecen, y esto recién empieza.

El comienzo del prodigio que culmina en esta feliz ceremonia puedo situarlo en 1983, cuando la generosa atención de Carlos Fuentes se posó sobre mi novela *Cola de lagartija*, recién publicada en Nueva York.

Con *Cola de lagartija*, aporte indirecto a las novelas de dictadores, me metí de lleno en una narrativa barroca, iconoclasta y esperpéntica. Inventé a gusto, para descubrir mucho más tarde que varios de los supuestos inventos resultaron premonitorios, gracias quizá a las antenas activadas por la escritura que captan emociones dispersas en el aire. ¿Cuántas veces durante la redacción de dicha novela creí no tener manera de escapar del laberinto que yo misma iba trazando? ¿Cuántos nudos argumentales creí imposibles de desenmarañar? Sin embargo, los nudos fueron encontrando su desenlace natural... He ahí la aventura de escribir ficción, su exultante atractivo que nos mueve a repetir el desconcierto y la inseguridad en la siguiente obra.

Creo que esta aproximación *salvaje* al acto de crear fue lo que atrajo la siempre bien dispuesta mirada del

gran Carlos Fuentes, lector omnívoro. Mucho más adelante, en una entrevista que le hice para un periódico porteño, habló de su acercamiento a la ficción:

Siempre empiezo una obra sin saber dónde voy. Me la paso de sorpresa en sorpresa, por fortuna, porque si no sería muy aburrido. Me sorprendo de las cosas que salen sin saber de dónde vienen, si del sueño, de la pesadilla, de la inconciencia. Sólo en el principio hay una planificación, luego empiezan a suceder cosas muy inesperadas. En la noche tomo algún apunte, me duermo, y luego cuando escribo en la mañana sale algo imprevisto.

Las afinidades electivas nada tienen que ver con comparaciones, y respetan las jerarquías. Por eso mismo puedo permitirme hoy el lujo de entablar una especie de diálogo con el enormísimo escritor, maestro de maestros, que fue y siempre será Carlos Fuentes.

E invoco su espíritu, que late en cada uno de sus muy numerosos libros, rogándole que desde el más allá me contagie valentía para encarar una posible nueva novela que me tiene paralizada. El tema de base de dicha novela es el mal, omnímodo, ¿y quién mejor que Fuentes para abordarlo? Nunca retrocedió ante los lúgubres lugares, esos mismos que a decir de George Steiner “están en el centro del panorama. Si los pasamos por alto, no puede establecerse ninguna discusión seria sobre las potencialidades humanas”.

Carlos Fuentes se asomó a esos abismos de mil maneras distintas. Tomo sólo dos como ejemplo. La primera: apelando al sentido del humor.

Al leerlo nos topamos de improviso con su agudísimo ingenio. Así, el último capítulo de *Terra Nostra*, novela magistral y totalizadora, transcurre en un futuro entonces lejano donde los personajes principales del célebre *boom* de la literatura latinoamericana (Oliveira, Buendía, Cuba Venegas) se entregan entre otras chanzas a un juego de naipes muy cortazariano, la *Superjoda*.

Lo mismo ocurre, en inesperados momentos, en esa póstuma obra muy nietzscheana que es *Federico en su balcón*, en la cual diálogos sin marca pautan los sucesos

históricos que se despliegan a sus pies. Rescato el siguiente diálogo:

En serio. Cuando lees un libro titulado, por ejemplo, *Federico en su balcón*, tienes que tener fe en la ficción que te cuentan y dar por descontado que ha habido y habrá varios lectores distintos de un mismo libro.

Profunda reflexión que alude al eterno retorno, a la cual su interlocutor responde, desacralizándola de un plumazo: “Súper-Duper-Gary-Cooper”.

El humor, el erotismo y los juegos de palabras se cuelan sin aviso en la ficción de Fuentes. Y se cuelan todo a lo largo de *Cristóbal Nonato*, novela cuyo protagonista (cero años) empieza narrando su propia concepción, cuando en la playa su futuro padre se acerca a la que será su madre (y cito):

[...] diciendo coño origen de los dioses y de las diosas, arrastrándose como culebra, ceba, culea, celebra, cerebra, el sexo no anda entre las piernas sino dentro del *coconut grove* que produce más hormonas que cualquier otro planeta de nuestro afrodisíaco cuerpo solar.

Cambiando de óptica, permítaseme destacar en segunda instancia otra muestra del insuperable genio fuentiano. Escritores fatuos, que los hay y en abundancia, alegan darles voz a los que no tienen voz. A los que no la tienen, bien lo sabía nuestro autor, lo que hay que darles son herramientas para que la cultiven y la expresen, no ponerles palabras inventadas en la boca.

Para eso, para sembrar a los cuatro vientos palabras inventadas, están aquellos que en verdad no tiene ni por asomo la posibilidad de encontrar una voz propia. A menos, claro está, que Carlos Fuentes se haya preocupado por ellos y les traduzca lo que jamás habrían sabido que querían narrar antes de ser narrados, narrándose. Y así, hablan el feto de Cristóbal Nonato, el cadáver en proceso de descomposición de Apolo, ese actor en decadencia que había salido en alegre navegación sexual con las putas, habla la cabeza cercenada de Josué Nadal en *La volun-*

tad y la fortuna, el fantasma corpóreo en *Una familia lejana*, y algunos más que ustedes sabrán descubrir en sus felices lecturas.

Todos ellos hablan y cuentan su historia y la historia que los rodea, para ofrecernos una mirada nueva sobre el mal.

Y es precisamente ante este término, *el mal*, que me detengo y retomo el principio.

La lejana *Cola de lagartija* fue mi primera incursión en el anegadizo territorio del Brujo, disfraz de aquel que supo llamarse López, Lopecito, José López Rega, secretario de Perón en sus últimos tiempos, que llegó a ser ministro de bienestar social y creó la Triple A, la Asociación Anticomunista Argentina, e inauguró en mi país, en los años setenta, la atroz pesadilla de torturas y “desaparecidos”.

El sólo nombrarlo me da escalofríos, me enferma, lo sé desde aquella primera novela que lo tiene de protagonista, imaginándole una vida futura que retornó (*me retornó*) treinta décadas más tarde en una segunda instancia.

Fue el año de 2012 cuando llegué a Cerdeña en pos de carnavales y de máscaras. En la cena previa a la incursión a los mundos secretos del centro de la isla afirmé con convicción que no pensaba escribir más novelas, ya había cumplido mi cuota. A la tarde siguiente me pusieron —todavía no me daba cuenta o no aceptaba— una novela en las manos. Y otra vez el Brujo asomando sus tentáculos. Y una vez más hube de darle la palabra aunque de manera intermitente, superpuesta con otras.

En *La máscara sarda, el profundo secreto de Perón* volví a carnavalizar a José López Rega desde un lugar más realista, con verdaderos carnavales apotropaicos y respondiendo a una antigua convicción sarda de que el recurrente mandatario argentino había nacido en realidad en el pueblo de Mamoiada.

¡Obra del infierno! El nefasto López Rega parecería habitarme, como un karma, y yo abomino de él.

Quizá sólo escribiéndolo pueda por fin exorcizarlo. Y no lo quiero escribir. Al menos no en una obra de ficción, que suelen ser las más verídicas.

A la novela en espera —informe, protomorfa, aún— no la quiero ni pensar.

Sería un camino de indagación, como suele ocurrirme en estos casos, algo que vengo planteándome desde hace tiempo. Y no quiero enfrentarla. Me resisto, y la nonata novela insiste.

¿Qué habrá detrás de esta necesidad mía de internarme en el corazón del mal, por más mal que me haga?

¿Qué estaré indagando(me) y a la vez ocultando(me)?

El Brujo.

No atino a abrirle las compuertas y permitir una vez más que se lance al galope.

Pero nuevamente una fecha y un nombre se imantaron y me pusieron —en unos pocos días del año último— a orillas de esta nueva novela que esperaba ser escrita, completando así una Trilogía del Mal.

Ficción al borde del abismo.

¡Cómo me comprendería Carlos Fuentes!

Cierro los ojos y veo ondular al viento las negras banderas de San la Muerte, allá en su gran santuario a la vera de la ciudad de Mercedes, provincia de Corrientes. La tierra de mis mayores.

Mis mayores desvelos.

Años atrás pesqué el nombre que habría de despertarme las ganas de novelar: Victoria Montero.

Victoria Montero, mujer santa y sanadora que supo ser la maestra de López Rega en artes esotéricas. Según narran los testigos, el futuro Brujo llegó a ser su discípulo favorito, tenía manos curadoras. Hasta que empezó a desbarrancarse por los caminos del mal, primero escribiendo fatuos libros sobre secretos arcaicos, desatendiendo la prohibición, y más adelante —imperdonable pecado— metiéndose en política.

Fue entonces cuando Victoria Montero lo echó para siempre de su venerada casa, allá en Paso de los Libres, a orillas del río Uruguay, su casa que era un templo del bien, y el camino de López Rega se desvió a los infiernos,

arrastrando con él a la República Argentina, prefigurando la dictadura militar.

Fueron ansias de poder en su más loca expresión, coto de caza literaria del maestro Fuentes.

Yo por ahora sólo tengo una latencia de la historia, y un par de títulos que vienen a ser el mismo, desdoblado: *El camino del infierno* o *Las buenas intenciones*.

¿Qué me convocará a hurgar en las miasmas para intentar comprender lo inconfesable?

Me estoy resistiendo a la aventura. Pretendo poner los patitos en fila, como quien dice. ¿Quién dice? No hay sistema probado ni escudo contra la desazón. Quiero y no quiero escribir, sólo apenas ir metiendo la punta del pie en estas aguas ominosas. ¿Ominosas? Así lo espero, si bien con punta de pie como único instrumento de penetración muy lejos —o mejor dicho, muy hondo— no voy a llegar.

Excusas para nada divertidas, en el mejor y más complejo sentido del verbo *divertir*, allí donde la fiesta y el apartarse del buen camino se dan la mano para enseguida soltarse y sálvese quien pueda.

Puesto que hoy por hoy me aterra mirar al mal de frente, surge la imposición de al menos mirar de frente al miedo.

Una nueva aventura.

He aquí la trampa que el conocido filósofo italiano Giorgio Agamben nos tiende, al proponer que aventura no es sólo vivir la experiencia innovadora, es vivirla y narrarla. Simultáneamente quizá. Poner la aventura en palabras para reconocerla como tal e intentar comprenderla.

El poeta es el trovador, dice Agamben, y trovar es *trouver*, “encontrar” al mejor estilo de Fuentes. Encontrar la voz. Y entonces la aventura reside en narrar lo acontecido más que lo acontecido en sí. Sólo que si de narrar se trata, no necesariamente hay acontecimiento previo. O quizá sí lo hay, en ese no lugar insustancial donde nacen las historias y donde yacen a la espera de ser narradas.

¿En el tiempo desdoblado? Me entusiasma esta teoría de la microfísica planteada por Jean-Pierre Garnier Mallet, si bien otros físicos alegan que, como todo lo cuántico, no es aplicable en el mundo macro. ¿Pero en qué mundo se gestan las ideas? El tiempo desdoblado...

Lo hablamos con Fuentes en aquella entrevista, a raíz de su Edad del Tiempo. Y el creador de la saga comentó:

No creo que exista un solo tiempo lineal, creo que hay múltiples tiempos con existencias simultáneas, reversibles, futurizables, circulares, espirales. Limitarnos a una sola idea de tiempo es empobrecer enormemente el concepto de la historia, de la imaginación y de la personalidad humana.

El tiempo y la escritura que letra tras letra va gestando el milagro de una historia que no estaba allí antes.

Es en busca de ese prodigio que un reclamo interno nos conmina a ingresar una vez más en ese estado que titila en los confines de la mente, el “estado de novela”. Estado que Carlos Fuentes, creador deslumbrante y generoso que desdeñaba los límites, conocía a fondo. Lo habitaba casi a diario, como un poseso, y escribía, escribía. Ficción en lo posible, aun quizá por encima de sus arduas luchas sociopolíticas o de sus obligaciones sociales.

Carlos Fuentes ubicuo. Siempre estará entre nosotros, más allá de su nombre que da lustre especial a este prestigioso premio con el que hoy me honran. Lo recibo con devoción y con perdurable agradecimiento. Si hasta me parece oír la voz del maestro conminándome con su ejemplo a no cejar, a encontrar el lugar exacto para lanzarme a escribir aquello que se resiste a ser escrito.

Muchísimas gracias.

**Fragmentos de algunas obras
de Luisa Valenzuela**

Fragmento de la novela *Cola de lagartija* (El Brujo Hormiga Roja, señor del Tacurú)

Capítulo “El acordeón”

Desde mi más tierna infancia el acordeón me despierta esta especie de hormigueo y es como si perdiera el norte pero gano la calma. La flauta en cambio no, la flauta me pone alerta. Y no hablemos de tambores, los tambores son algo bien distinto y haré sonar tambores a lo largo y lo ancho de mi vida —cuando no recurra al bombo, cuando no recurra al bombo y eso sí que será esplendoroso.

¿Dije a lo largo, dije a lo ancho, dije *mi* vida? Qué estupidez. Uno acaba aplicando los lugares comunes de los otros como si uno fuera igual, como si pudiera tratarse de humanas dimensiones cuando a uno lo impregna lo infinito, eterno, aquello que lo abarca todo y es a la vez todo. Soy el Inmanente, soy la sal de la vida.

Así es y no me justifico. Si nunca (otra de las palabrejas de las que abomino) me he justificado antes, no veo por qué habría de hacerlo ahora cuando por fin hemos logrado —con mi hermana Estrella, mi hermana que está en mí— aceptar plenamente la grandeza. Fue como irnos armando con arena: aceptar granito a granito de grandeza hasta configurar este nuestro único cuerpo. Y hoy, hechos por completo de arena, de la pura grandeza, el tiempo ya no pasa para nos, y la barba que me he dejado crecer es una barba digna, de profeta —no es disfraz ni ocultamiento como han insinuado algunos de los pocos elegidos que aún tienen el enorme privilegio de poder contemplar nuestra persona.

Vienen a consultarme.

Vienen a consultarnos, a mi hermana y a mí, aunque todos ignoran el Secreto. Nadie nunca jamás (tralalá, de nuevo esta engañosa medición del tiempo, como si

el tiempo contara para nosotros) me ha visto sin ropa y por lo tanto nadie tralalá la ha visto a ella. Salvo aquel hombre, aquel que la reconoció y la bautizó y le dio el beso. Aquel hombre, el exmaestro, por suerte ya no pertenece más al reino de los vivos. Fue su/mi único beso de verdad. El Beso.

Otras muy distintas fueron alguna vez mis enamoradas. Todas aquellas simultáneas en rendirme homenaje. Ahora las he erradicado de mi mundo, por osadas, por diminutas y tenaces, las he exiliado de mi mundo que remeda el de ellas, pero mientras navego en mi isla de juncos ocurre algunas veces que los vientos me hacen pasar no lejos de su actual territorio y me pongo a observarlas con los largavistas. A ellas no alcanzo a verlas —diminutas y rojas como son— pero veo sus moradas, los tacurús, altos castillos con torres y almenas y mazmorras y diminutas celdas. Algo aprendí de ellas aunque no merecieron mi respeto. Una única hembra mereció tamaña distinción y esa cuando la conocí ya estaba muerta. Menos mal. Me salvé de caer en la temporalidad del amor o del deseo.

Las hormigas en cambio supieron de mí en vida y me reconocieron. Yo, tan tierno entonces, respondiendo al acordeón y a las siestas. Dicen que mi madre gritó el doble al nacer yo y después se murió para siempre: no le quedaba otra cosa por hacer en este mundo. Dicen que ese día fue un día tan idéntico a los otros que nadie —ni mi madre— pudo reconocerlo y no fue para menos: desde mi nacimiento supe del inapreciable arte de la simulación y el mimetismo. Por eso algo más adelante mi cuna fue un cajón de frutas colgado de una rama y yo fui la flor Milhombres durante largos días. Amarillo dorado con pintitas rojas, yo fui la flor Milhombres mientras los no iluminados hablaban de sarampión y me daban brebajes.

Harina con agua. Mi madrina preparaba fideos, hacía guiso carrero y no más lo deglutía y digería. Venían después unas siestas muy largas, aplastantes, y yo con dos años apenas cuando el tiempo para mí era aún mensurable solía escaparle a esas siestas y al sonido tan triste del

acordeón en las cocinas —casi como un lamento— y me iba por el lado de la risa. La tierra crujiente reseca por el sol agrietándose en sonrisas para mí, abriéndose en carcajadas hasta llegar a los tacurús, esos castillos. Y las hormigas tan diminutas, rojas, ¿por qué tenían castillos y yo no? A mi hermana aún no la sabía pero creo que fue mi hermana, que habría de llamarse Estrella, la que me dio la idea. El escozor lo sentí precisamente allí donde ella mora —en mi entrepierna— y atendiendo a ese escozor inauguré la costumbre de instalarme en la cumbre de los castillos. No el castillo más alto aquella vez, todavía no alcanzaba, pero elegí uno como hecho a mi medida y me senté sobre el castillo y desmoroné el castillo. En realidad un hormiguero pero fue mi primer castillo y las hormigas me reconocieron como era lógico suponer y me cubrieron del rojo suntuoso de ellas mismas y resplandecí y vibré bajo el sol de la siesta. Un manto de hormigas coloradas, el más bello que he tenido jamás, el más vivo con antenas pulsátiles y gran estremecimiento en cada uno de sus pliegues, sus puntadas. Intenté más adelante repetir lo del manto vivo pero todo lo que hasta mí llegó y sigue llegando está ya muerto, aunque todavía tibio. El manto de serpientes que alguien sugirió una vez lo deseché por viscoso, inconstitucional. El primero fue un manto de amor y de respeto: no me picó ni una sola de estas hormigas devoradoras de hombres. Se hermanaron conmigo. Tan lustrosas, ceñidas, austeras, ágiles, nerviosas, sabiendo a ciencia cierta qué quieren y, lo que es más, a quién quieren.

En mi pubertad también yo supe a quién querer. Cuando me bajaron para siempre los testículos y mi hermana Estrella, aún desconocida, se quejó por primera y única vez antes de encontrar su cálido acomodo en medio de mis dos huevos.

—Manuel tiene tres pelotas, Manuel tiene tres pelotas, chilló en cierta oportunidad el opa Eulogio y fue lo único que chilló en su vida. Enseguida volvió a perder el habla y recuperó su mirada perdida de tarado. Como en aquel entonces yo todavía no me llamaba Manuel no me importó mucho. Más bien lo viví como un elogio. Lo que

ahora denomino *el elogio de Eulogio*. El homenaje a Estrella hecho por un opa mudo que sólo habló para señalarla. Mi primer milagro.

Se lo conté muchas veces al Generalísimo, variando eso sí algo el texto. Los milagros pueden ser elásticos y el Generalís comprendía esas cosas aunque para otras hay que reconocer que era un poco obtuso (por eso fallé en mi último intento con él y no pude devolverlo a la vida: por su pertinaz obcecación) (Toda la luz que quise brindarle y él sólo la recibió en vagos resplandores...) Pero el Generalísimo es secundario, ya hablaré de él cuando le llegue el turno. Por ahora y siempre el turno es mío, le cederé una pizquita cuando a mí se me antoje o quizá cuando Estrella lo reclame con fuerza. Ella lo amó, creo, aunque siempre tuvo la delicadeza de tratar de ocultarlo.

Volviendo al milagro, le solía narrar al Generalís que el Eulogio gritó —sus únicas palabras, su única emisión humana—:

—El Manuel tiene aureola, el Manuel tiene aureola,
o

—El Manuel es un santo, el Manuel es un santo
o, más cerca de la verdad (si eso existe, si hay verdad
excluyente):

—El Manuel tiene tres... marcas en la frente.

El Generalís no perdía su tiempo en vanas interpretaciones, solía aceptar las palabras al pie de la letra y los hechos como se le iban presentando, cosa que constituyó siempre su gran sabiduría.

Estrella en cambio, no. Estrella lo discute todo, lo analiza, vivisecciona e interpreta. Metafóricamente hablando, claro está. Ella es la metáfora viva.

Estrella. La que fue descubierta por las hormigas coloradas. Fue la única que conoció las mazmorras de hormigas, sus túneles secretos donde maman la vida. Yo me senté sobre el castillo de hormigas y destruí el castillo. Ella quedó colgando dentro de las entrañas del castillo —yo me había quitado toda la ropa en esa siesta para penetrar el mundo de castillos, sin saberlo ya sabía que el verdadero ropaje sería el manto pulsátil. Gracias a lo cual Estrella, cuya existencia yo aún ignora-

ba, penetró los derrumbados dominios de la hormiga y supo su secreto y charló con la reina. Simples circunstancias que la llevaron a ser la reina y a mí que la involucró su dios omnipotente.

Ahora sé: las hormigas son sabias y también temerarias o quizá viceversa o también viceversa. Por eso mismo. La sabiduría las lleva a la temeridad, la temeridad a la sabiduría, en cíclico camino de vaivén ignorado por la mayoría de los tristes mortales que le tienen terror pánico al conocimiento y se niegan a jugarse el pellejo para poder alcanzarlo. Ellas no. Ellas saben que para alcanzar el conocimiento hay que pagar un precio y están dispuestas a todo. Muchísimas se pierden en la búsqueda, hormigueros enteros llegan a descontrolarse y a armar las estructuras más insólitas, más bellamente inútiles y fatales. Pero las hormigas son seres inferiores: necesitan la droga. Ahora lo sé. Aunque creo que siempre lo supe por intermedio de Estrella. Las hormigas tienen criaderos de pulgones a los que ordeñan como si fueran vacas, se amamantan de los pulgones y se embriagan y saben. Como bien me habré embriagado yo, a los dos años de edad, por inconfesable vía, y desde entonces supe. No. Todo lo contrario: las hormigas libaron de mí y por eso no me devoraron vivo, y desde entonces supieron. Sus castillos los tacurús son desde entonces mucho más enhiestos y majestuosos.

Yo soy superior. Yo no necesito drogas aunque a veces las comparto con los otros por pura sociabilidad por no parecer distinto. Y por mantener en funcionamiento mi negocio: yo produzco la droga —no ya por los poros sino en forma industrial— para que también los otros alcancen aunque sean en fugaces destellos un poco de esta luz que me ilumina.

Para mi uso personal yo soy la droga, la droga soy yo y las hormigas libaron de mis poros, de mis más privados intersticios, razón por la cual siento que no les he robado nada al construir éste mi castillo subterráneo con túneles y pasajes, puentes y pasarelas, mazmorras y cárceles y esos respiraderos como torrecillas que vistas desde el aire parecen un campo de tacurús.

Puede que alguna hormiga osada, *in illo tempore*, haya hecho su hogar en mi persona para dictarme, tantos años después, la forma de los túneles y de los respiradores y mantenerme así fuera del alcance de la vista de aquellos que me buscan para acabar conmigo.

Un campo de tacurús es mi castillo visto del suelo para arriba. Del suelo para arriba se ve tan poca cosa...

Tacurús sabios, tubos por los que penetra el viento para que en todo mi laberíntico castillo suene música. De gimiente acordeón más que de órgano. Acordeón de las añoradas siestas infantiles, castillo subterráneo, eólico, milagro que muchas veces celebro bebiendo una copita del mejor ácido fórmico.

Fragmento de la novela

La máscara sarda

Capítulo 1

En el Claustro

—Es usted trino, mi General.

—Vamos, Lopecito, acábela con sus patrañas y déjeme descansar tranquilo que tengo que prepararme para el gran viaje. Quiero llegar en forma al destino que me aguarda desde siempre. ¡Trino, qué boludeces se le ocurren, Lopecito! Ni que yo fuera un pajarito, un pajarón.

—Usted siempre tan irónico, mi General. Nada de eso y con todo el respeto que su figura merece, trino porque en usted hay tres, como la Santísima Trinidad, pero ninguno de ellos es hijo o padre o espíritu santo. Son todos usted, mi General. Usted es Juancito Sosa y es Juan Perón por supuesto, pero no debemos olvidar que el primero y principal usted es Juanne de Mamoiada al que llaman también Juvanneddu o Juvennu. Usted es la reencarnación del dios Dionisos, el de los múltiples nombres. Todos los Juanes son usted, mi estimadísimo, lo configuran, confunden y complican, pero yo estoy acá para definirlo porque también soy trino (en un aspecto muy íntimo que ni sueño con explicarte, viejo socarrón).

—Ma' qué trino ni qué trino, yo, si no he dicho ni pío. No harías mal en imitar mi ejemplo.

—Mucho ha dicho usted, mi General, no todo exacto me temo, pero decir dijo muchísimo. Y no sólo a los periodistas que con unción vinieron a visitarlo, como el Tomás Eloy ése; más le dijo a su amigo y médico, el doctor Barreiro, y ni mencionemos a su favorito, Pavón Pereyra al que nombró su biógrafo personal. A todos les contó sus cuentos, y sobre todo a mí que durante estos años los fui registrando fielmente. Más de una vez, recuerde, agregué

mi granito de arena a sus sanos propósitos de embarrar la pista. ¡Y vaya si hay barro, es decir contradicciones, en sus datos! Usted se nutre de las contradicciones, les saca punta como a lápiz para ir escribiendo su pasado como mejor le cuadre al momento en que escribe. A cada uno de sus entrevistadores les dio fechas diferentes, información confundida. Y lo bien que hizo y usted lo sabe y no se cansa de repetirlo: el misterio es su mejor aliado. La que llamaremos “versión final”, la que usted quiere legar a la posteridad, ya la hemos registrado completa, mi entrañable General, y esas cintas las tengo bien guardadas. Yo soy el más seguro custodio de su vida “oficial”.

En cuanto lleguemos a Buenos Aires si así lo ordena se las alcanzaré a su querido Pavón P. para que siga perfeccionando los libros sobre usted con los que ambos sueñan. Pero ahora por favor confíe en mí y atienda mis pautas.

José López Rega, más conocido como el Brujo, se cruza de brazos decidido a no darlos a torcer. Nunca. Él no ha asumido el puesto de secretario privado del General Perón porque sí, todo lo contrario, lo suyo es un designio de esos Seres de Luz que rigen su destino. Los llama así con respetuosas mayúsculas para no delatar lo otro, la oscuridad de esa luz que lo guía. Todo se remonta a tiempos antiquísimos, prenatales pero eso no importa. Importa que la Victoria Montero, su hermana esotérica, su maestra, lo haya designado para cumplir el rol de custodio del General desde el '49, cuando éste asumió por primera vez la presidencia. Razón por la cual con debida paciencia retoma su discurso:

—Ahora bien, Faraón de los Siglos, habiendo terminado usted de dictarme su autobiografía oficial, ha llegado por fin el momento de sincerarse. Sólo por esta única noche tan cargada debe usted dejar de lado las múltiples versiones discordantes que le son tan útiles y asumir la verdad profunda oculta en el fondo de su corazón. Entréguese con toda confianza a mi cuidado que es Cuidado Divino. Bien sabe Su Merced que un relámpago de iluminación y aclaración me confirió la Luz para abrirme camino en la senda oscura del Conocimiento sin tener que mendigar en las intrigas palaciegas de quienes

proclaman practicar el espiritualismo. Yo soy la Verdad, mi General, y por eso insisto en decirle: tres en uno es usted, mi General. Es el hijo bastardo, el presidente y el sardo: el nacido en Mamoiada, Cerdeña. Allí radica su verdadera fortaleza pero nadie debe saberlo. Su secreto está a salvo conmigo.

A instancias del Brujo se han reunido al caer la noche a solas el General y él, en el salón que llaman el Claustro de la quinta 17 de Octubre, sita en el barrio madrileño Puerta de Hierro. La iluminación es muy tenue y en el improvisado altar con las fotos de Evita brillan varias velas, parpadeantes. Se dice que este salón con densos cortinados de terciopelo rojo, color sangre de toro, fue desván donde se guardaban los implementos de limpieza. A pesar de la nueva ventana y la ampliación reciente, la atmósfera parece cargada y de a ratos se añora la noción de limpieza, de pulcritud, de algo que puede ser trapeado y lustrado. Yo le limpio su nombre, mi General, le dirá López Rega en otro momento; le limpio el nombre por todos conocido y también el otro nombre suyo que sólo nosotros sabemos. Pamplinas, piensa el General, qué nombre ni qué nombre; pero al mismo tiempo sabe que todo pende de un hilo y no le faltan ganas de correr escaleras arriba a la bohardilla —la antes bohardilla— donde Evita yace en su ataúd como santa de cera. Pero correr no puede, lo sabe, y sabe que de todos modos de nada serviría. Eva ya no está allí para imprecarlo o para incentivarlo o modelarlo. En el aquí y ahora de Madrid están el Brujo, Isabel, y esta tortura de no saber bien dónde él mismo está parado.

Isabel y Lopecito suelen dejar pasar días sin hablarle, le esconden el dulce de leche que él tanto aprecia, le preparan mezquinas miserias de entrecasa como para chicos caprichosos. Y él es grande, en todos los sentidos de la palabra grande. Lo sabe, lo siente, pero no logra convencerse. Esos días de enorme silencio en la quinta 17 de Octubre, encerrado a cuatro candados en Puerta de Hierro, le han ido debilitando la autoestima.

—No se aflija, mi General. Yo estoy acá para apoyarlo en todo —interrumpe López Rega como si le escuchara el

pensamiento—. Yo soy y seré siempre el Guardián de su Secreto.

Ante esas palabras el General recupera entereza, por eso mismo se indigna:

—Qué secreto ni qué ocho cuartos, Lopecito. No joda más con su historieta estúpida, déjeme en paz, alcánceme mi caja de remedios, estoy agotado de tanta visita; mañana no recibo a nadie, ellos dicen que vinieron en calidad de séquito para escoltar mi vuelta a la patria dentro de cuatro días. ¡De nuevo, como el año pasado! Y para colmo esta vez ni siquiera se trata de gente interesante como en el viaje anterior cuando llegaron todos esos intelectuales, ¿se acuerda? Qué locos. Yo ya no tengo paciencia para nadie, ni para los zurditos de Cámpora y menos para el propio Cámpora que apenas aterrizó ayer en Madrid ya se llevó los honores como si le correspondieran a él, un pelandrún nacido en San Andrés de Giles nada menos, gil él mismo. Son como buitres los que van llegando con la excusa de escoltarme de regreso. Me acechan, quieren obtener favores desde el vamos, aun antes siquiera de subir al avión, mucho antes de poner un pie en la tierra mía, esa tierra que nunca dejó ni debió dejar de ser mía, la tierra de mi alma, de mi cuerpo, y ellos quieren ya arrebatarme la llegada triunfal. Pretenden triunfar ellos, llenarse de prebendas. Mañana no los deje acercarse, Lopecito.

(¡Tierra tuya, macaneador, viejo farsante! Claro que no los dejaré acercarse, todas las prebendas serán sólo para mí. Qué tierra tuya si naciste en Mamoiada, Cerdeña, viejo ladino, farabute, si no fuera por mí, a dónde estarías volviendo, al infierno estarías volviendo pero no a la que llamás tu patria.)

—Tenga paciencia y no se agite, mi General, ya falta poco para el retorno. En cuanto estemos allá ya les vamos a dar mano dura a los zurditos esos.

—¿Qué es eso de hablar ahora en plural, Lopecito? ¿Qué bicho te picó?

—Ya lo sabe, mi General, Faraón de los Tiempos, estamos mancomunados y todo lo que a usted le atañe a mí me llega. Yo le tomo la mano, en más de un sen-

tido le tomo la mano, lo guío, acá tiene mi mano, no se altere, evite la taquicardia, respire hondo, acuérdesse de sus noches agitadas cuando yo dormía a sus pies, esta noche también lo haré y mientras sueña los sueños que se imponen yo le absorberé todos los humores negros que le circulan por la sangre; es así como me empapo de sus jugos y los limpio. Pero usted debe recordar su verdadero origen, mi General, y asumir ese recuerdo. Yo después me encargo de borraré para siempre del corazón donde hoy le pesa con furia.

El gran reloj de pie de la planta baja está dando las once, ya sonó el carillón, ida y vuelta, ida y vuelta, la hora íntegra. Y han empezado a redoblar las campanadas. Para no escuchar lo que su secretario privado le está diciendo, Perón las va contando: tres, cuatro, cinco, y así seguirá el reloj con parsimonia hasta llegar a diez. Retumban las campanadas en la soledad del caserón, algo le recuerdan... ¿Dónde se habrá metido Isabelita? Campanadas como golpes de gong que parecerían encontrar eco en el vacío. Maldito reloj, piensa el General, menos mal que de día no se lo oye, los ruidos de la vida cotidiana se tragan esta llamada de muerte. En Francia llaman la *chamade* al redoble de tambores que precede al cadalso. Este reloj, esta noche, es para él una *chamade* porque no sólo le va marcando el tiempo de la vida que se acorta; también se acorta el tiempo de los preparativos para el retorno. Y no está seguro de querer retornar o, mejor dicho, querer quiere —absolutamente— pero no en las condiciones físicas en las que se encuentra; preferiría sentirse más fuerte, más joven, más envalentonado. Y este Lopecito, Dios mío, su maldito secretario privado que pretende cambiarle el curso de sus aguas. En los últimos años eran aguas de un río tranquilo, y 17 de Octubre ya no era más una fecha gloriosa sino el nombre de un predio. Algo manejable. Si sólo Eva estuviera a su lado, no de cuerpo presente como está, que de nada le sirve; presente en espíritu, para alentarlo, para darle ese soplo que siempre lo impulsó adelante; presente acá en Puerta de Hierro.

El otro que le lee el pensamiento sigue martillando con palabras, matracándolas:

—Esta puerta se está cerrando. Ahora la puerta soy yo para usted, amado General, soy el hierro, la puerta infranqueable. Al igual que su Janna'Erru, esa construcción ancestral llamada también Puerta de Hierro en las antípodas de su mapa de vida. Rememore (pero qué vas a querer acordarte, viejo tráfuga; no hay peor desmemoriado que aquel al que no le conviene recordar). Tome, recuéstese en el sofá, cúbrase los ojos con este antifaz ciego (dale, usá la máscara de Mamuthón que te corresponde, volvé a tu antigua máscara sarda, farsante). Descanse y entresueñe. Para lograrlo retorne a su infancia, mi General; por una vez y con el fin de borrarla para siempre, rememore su infancia.

Cumplida su misión horaria, el reloj ha callado pero en los oídos del General siguen sonando reiterados cencerros. Cree que son martillazos, el martillo..., una fugaz figura de hálito materno se perfila en su memoria, apenas un instante, como relámpago el pequeño martillo y ya su pensamiento está en otra parte. Los campanazos sin embargo persisten, sordos, sólo para él, quizá sean los golpes de la propia sangre. Malditas campanas, piensa el General, algo así hubo quizás en mi infancia y yo ya no me acuerdo, maldita sea. Tan lejana está, tan perdida la infancia. Otro tintinear lo distrae de las campanas: Juanne, Juvanneddu, Juvennu, está repitiendo López Rega en sordina y es una salmodia, Juanne, Juvanneddu, Juvennu, en voz muy baja, susurrante, acariciante, casi voz de mujer que el General oye como un mazazo. Juanne, Juvennu, Juvanneddu, es decir Giovanni, Juan-del-otro-lado, insiste el Brujo: un único nombre tripartito... Juvennu de Mamoiada. Dionisos el Maimone, el Mamuthón. ¿De dónde esos nombres estrafalarios se le presentan al General como algo ominoso y oscuro? Qué ideas pavotas, se dice aunque los latidos del reloj o del martillo o la campana o lo que fuere que corre por su sangre le siguen taladrando la cabeza.

Fragmento de la novela

El gato eficaz

1. Primera visión felina

Cómo me gusta vagar de madrugada por el Village y espiar a los gatasbasureros de la muerte: escarban loquihambrientos en los tachos hasta dar con la basura que bajo sus uñas pueda matar de un rasguño.

Él le dijo mañana nos veremos y ella de inocente le creyó. ¿Cómo una mujer gato no pudo ver al gato? Y él, con tanto de ratón, ¿cómo no supo escaparle? El gato de él era negro ojosdebrasa, y en el Village nevaba. Pasó bajo la nieve un cartel que decía Dios está vivo y bien en la Argentina; las piedras habían acribillado la palabra Dios, los ojos del gato fulminaron vivo y entonces sólo quedó la Argentina que ella vio como en sueños y se acordó de él por lo impreciso de su geografía. Él era de Guatemala con el pelo eléctrico y un polo positivo para atraer al gato hasta el borde de su cama.

Cama. No es lugar para morirse: indigna horizontal, prefiguración gratuita.

Me gusta vagar por el Village con el débil primer rayo, mientras solapados desconocidos desandan su camino de espaldas para recuperar portales y los gatos de la muerte se erizan y se vuelven pura corriente de afilados cuchillos.

Las paredes de piedra son más rugosas de madrugada, pasan ráfagas que no son de este mundo. Hay que acechar a los asesinos en zaguanes para que la descubran a una.

Nada es fácil en la madrugada, y menos aun valiente. La nieve se recalienta y en el medio le sale una mancha de sangre allí bajo la tercera hamaca en el parque de los niños cerrado con cadenas.

Él le dijo nos veremos mañana y hasta él lo creía. ¿Por qué entonces entró en el improbable baño de los túneles

y dejó que otro hombre le sorbiera la vida? Era un hombre encorvado —no él, el otro— doblado en dos por la costumbre de mantener la boca a la altura de braguetas y para morir no podía merecer ni un gato, ni un solo pelo de gato de esos que vuelan con los vientos esquineros del Village convertidos en dardos para traspasar cerebros. Era un inmerecedor de gatos y él dejó que lo sorbiera sin acordarse de ella, sin imponerle el nombre de ella como una nueva cruz. Dejó que lo sorbiera y quedó indefenso; si todo el mundo sabe que el gato de la muerte le teme a los testículos, los buenos testículos cargados: talismanes de vida.

Vampiros hay para todo. Nuestros líquidos son inagotables, nuestras secreciones. En la esquina de Bleecker y de Carmine se topó con su gato. ¿Cómo iba a ver al gato si al hombre de los baños no le vio los colmillos? ¿Si no supo de la sangre menstrual en los baños de hombres? La sangre de los hombres brotando carcomida, disfrazada de blanco. No me crucé con él porque a mí me gusta pasear de madrugada por el Village y a él de noche. Dudo que se me pueda ver de noche: soy color de las tinieblas. Pero sé caminar entre vientos esquivando los pelos de los gatos, sé ver brillar el cuchillo cuando brilla y hasta sé ahogar el grito si algún desafortunado me aprieta la garganta.

Cruzar no lo crucé, pero mi eterna humildad me llevó de rodillas a su cama y mi amor por la gente me metió entre sus sábanas y él estaba agotado e indefenso. Mi lengua topó tabaco y supo de una lengua de hombre que ya había incursionado por esas tropicales zonas tier-nas. Comprendí. Entonces me eché a su lado y le conté un cuento lento acariciante para completar su entrega. Hasta que oí el maullido y pude irme, silenciosa como había llegado, afelpada y un poco peluda, toda yo una pata de gato, almohadilla con ganas de lamerme, un poco enamorada de mí misma de tan dúctil.

Y afuera ya es de día, perdí el amanecer. Me pregunto qué me obliga —yo tan bella— a ser cómplice de un gato de la muerte. Un vil gato basurero.

La cosa (cuento)

Él, que pasamos a llamar el sujeto, y quien estas líneas escribe (perteneciente al sexo femenino) que como es natural llamaremos el objeto, se encontraron una noche cualquiera y así empezó la cosa. Por un lado porque la noche es ideal para comienzos y por otro porque la cosa siempre flota en el aire y basta que dos miradas se crucen para que el puente sea tendido y los abismos franqueados.

Había un mundo de gente pero ella descubrió esos ojos azules que quizá —con un poco de suerte— se detenían en ella. Ojos radiantes, ojos como alfileres que la clavaron contra la pared y la hicieron objeto: objeto de palabras abusivas y de comentarios críticos por parte de los otros que notaron la velocidad con la que ella había aceptado al desconocido. Fue ella un objeto que no objetó para nada, hay que reconocerlo. Hasta el punto que pocas horas más tarde estaba en la horizontal permitiéndole a la metáfora hacerse carne en ella. Carne dentro de su carne, lo de siempre.

La cosa empezó a funcionar con el movimiento de vaivén del sujeto que era de lo más proclive. El objeto asumió de inmediato —casi instantáneamente— la inobjetable actitud mal llamada pasiva que resulta ser de lo más activa, receptora. Deslizamiento de sujeto y objeto en el mismo sentido, confundidos si se nos permite la paradoja.

La máscara y la palabra (cuento)

Ella y él se van a separar en esta ciudad dormida de provincia. Él está por partir al extranjero a reencontrarse con su familia. Ella tomará sola el autobus de regreso a la capital, pero antes quiere conocer el famoso museo de ciencias naturales de la ciudad. Él la acompaña a través del parque y en lo alto de las escalinatas del museo se besan largamente. Es la despedida. Quizá ella espere escuchar una palabra, él no la dice. Les cuesta separarse, sin embargo él se aleja y ella, algo avergonzada, trata de sonreír a los guardianes apostados en la puerta.

El interior del museo es vetusto, los saurios pleistocénicos acumulan el polvo de un tiempo mezquino, no geológico, la mujer vaga por extensas galerías, elipsis concéntricas en torno a desconcertantes centros dobles. Hay vitrinas y vitrinas con pájaros embalsamados; poco queda del brillo de sus plumas. La mujer apenas siente el dolor de lo no dicho, sólo se deja ser, deambula. Tras una de las tantas escaleras que ha subido o bajado, descubre, como un remanso, una pequeña tienda de recuerdos con un viejo vendedor dormido y opacos objetos entre los que resalta una máscara de piedra. A ella le gusta la máscara pero no se detiene: quiere algo auténtico. Mucho más allá por las galerías curvadas encuentra la original, justo justo a la altura de sus ojos. Es una máscara mortuoria, bella en sus puras líneas de granito. El sol que entra por una ventana a espaldas de la mujer pega sobre la polvorienta vitrina y le brinda un espejo traslúcido. Ella está sola en la sala, por todas las salas vagó sola, entonces se mueve con infinita delicadeza buscando la posición exacta para lograr que el reflejo de su rostro coincida rasgo por rasgo con la máscara. Así permanece largo rato, como con la máscara puesta, pensando en la palabra no dicha, consciente por vez primera de que ella también, sí, también en ella estuvo la posibilidad de expresar algo. Amor qui-

zá, o un ansia. Ya es tarde. Decide volver a este presente y encaminarse a la tiendita del museo para comprar la réplica. Al fin y al cabo la máscara no tiene expresión de dolor, sólo su placidez eterna. Entonces desteje sus pasos por las curvadas galerías y desciende las escaleras y pasa bajo la ballena azul y contornea gliptodontes. Y no encuentra la tienda. Ya cerca de la entrada, opta por pedirles indicaciones a los guardianes.

Mientras tanto él ha tenido tiempo de arrepentirse veinte veces de lo no dicho y decide volver al museo aunque sea para un último abrazo. Pregunta a los guardianes de la entrada si han visto salir a una mujer así y asá. La mujer que usted estaba besando, confirman los guardianes, y le dicen: acaba de asomarse hace pocos minutos en busca de la tienda de recuerdos. Él encuentra la tienda siguiendo las indicaciones. A ella no la encuentra. Sólo ve un viejo vendedor que parece estar dormido desde siempre y ve un extraño rostro de piedra con ojos y boca perforados. Ni uno ni otro llaman su atención. Es a ella a quien busca, y ella debe de haberse perdido en el museo. Se lanza de prisa por las vastas galerías, pasa bajo la ballena azul, contornea esqueletos de dinosaurios, todos modelos de utilería se dice, no ve los reflejos en las vitrinas, sólo la busca a ella, escaleras arriba y escaleras abajo la busca, a veces hasta atina a llamarla por su nombre, a los gritos, total el museo parece desierto, la llama por las salas desiertas, desdobladas, donde ella no está. ¿Pudo haberse ido?

Los guardianes de la entrada frente a los que se encuentra una vez más dadas las ineluctables vueltas del museo le aseguran que no. Ésta es la única salida y por aquí no pasó, afirman. A lo lejos suena la bocina del taxi, llamándolo, él no quiere irse sin verla una vez más, sin quizá decirle, quizá, pero el avión no espera, ella no aparece en ninguna parte ni en el baño de damas ni en el otro, él quiere abrazarla. Ella no está. Agrisado, él busca la salida, baja las escalinatas, se dirige al taxi, al aeropuerto, al mundo.

Dentro del museo de ciencias naturales, la máscara de la vitrina parece sonreírle a su réplica en la tienda.

Y el viejo vendedor sigue durmiendo.

Pavada de suicidio (cuento)

Ismael agarró el revólver y se lo pasó por la cara despacito. Después, oprimió el gatillo y se oyó un disparo. Pam. Un muerto más en la ciudad; la cosa ya es un vicio. Primero agarró el revólver que estaba en un cajón del escritorio; después se lo pasó suavemente por la cara. Después se lo plantó sobre la sien y disparó. Sin decir palabra. Pam. Muerto.

Recapitulemos: el escritorio es bien solemne, de veras ministerial (nos referimos a la estancia-escritorio). El mueble escritorio también, muy ministerial y cubierto con un vidrio que debe de haber reflejado la escena y el asombro. Ismael sabía dónde se encontraba el revólver; él mismo lo había escondido allí. Así que no perdió tiempo en eso, le bastó con abrir el cajón correspondiente y meter la mano hasta el fondo. Después, lo sujetó bien, se lo pasó por la cara con una cierta voluptuosidad antes de apoyárselo contra la sien y oprimir el gatillo. Fue algo casi sensual y bastante inesperado. Hasta para él mismo pero ni tuvo tiempo de pensarlo. Un gesto sin importancia y la bala ya había sido disparada.

Falta algo: Ismael en el bar con un vaso en la mano, reflexionando sobre un futura acción y las posibles consecuencias.

Hay que retroceder más aún si se quiere llegar a la verdad: Ismael en la cuna llorando porque está sucio y no lo cambian. No tanto.

Ismael en la primaria peleándose con un compañerito que mucho más tarde llegaría a ser ministro, sería su amigo, sería traidor.

No. Ismael en el ministerio, sin poder denunciar lo que sabía, amordazado. Ismael en el bar, con el vaso en la mano y la decisión irrevocable: mejor la muerte.

Ismael empujando la puerta giratoria de entrada al edificio, empujando la puerta vaivén de entrada al cuerpo

de oficinas, saludando a la guardia, empujando la puerta de entrada a su despacho. Una vez en su despacho, siete pasos hasta su escritorio. Asombro. La acción de abrir el cajón, retirar el revólver y pasárselo por la cara, casi única y muy rápida. La acción de apoyárselo contra la sien y oprimir el gatillo. Pam. Muerto. E Imael, saliendo aliviado de su despacho aun previendo lo que le esperaba fuera.

El dedo en la llaga (cuento)

Tiempo atrás me encontré en un verdadero aprieto. Para la Feria del Libro de Guadalajara me invitaron a participar en una mesa redonda centrada en *Los placeres de la lengua*. El título de la mesa en esa oportunidad era “El dedo en la llaga”. ¿Sobre qué se espera que hable?, pregunté vía internet. La respuesta se demoró más de la cuenta.

Entendía la metáfora, por supuesto, cualquiera la entiende, pero es sabido que la literatura está hecha para armar metáforas, no para desarticularlas.

Recordé entonces otra mesa redonda un par de años atrás en esa misma feria bajo ese mismo rubro. Su tema era “El sexo en la lengua”. En aquella oportunidad entendí bien la propuesta. Sexo explícito, más claro echémosle agua, y de hecho se la echamos, todo tipo de aguas porque durante el panel exprimimos el lenguaje al máximo y lo disfrutamos saboreando los más variados jugos y las más jugosas metáforas y equívocos que se producen entre hispanohablantes de distintas regiones del planeta.

Pero, ¿el dedo en la llaga? ¿Qué se esperaba de mí?

Lo de dedo lo tenía claro gracias a Borges, el gran referente, porque cierta vez, después de una conferencia en la cual hube de sufrir el honor de ser su interlocutora, el maestro me dijo:

—Usted mencionó el falo...

—Sí, Borges, pero hablando de los cuchillos, como metáfora.

—Conozco una metáfora mejor, me contestó; el dedo de Dios.

—¿No le parece un tanto pretenciosa?, me asomé.

—Y sí, reconoció Borges muy a su pesar; creo que es de Victor Hugo.

Por lo tanto lo del dedo me cerraba, pero lo de la llaga... Mejor dicho, era de esperar que la llaga cierre, claro

está, y cicatrice, pero lo otro, no. Lo otro, es decir la posible metáfora peyorativa en la cual quizá usted también esté pensando, no es una llaga sino todo lo contrario, y una espera que no se cierre más, sólo que apriete sin por eso ponernos en aprieto alguno

Aunque quizá, pensé volviendo al tema de la mesa anterior, quizá *llaga* en México signifique otra cosa. Nos vienen tan mezclados los vocablos en esta América Latina nuestra. Si las palabras que en mexicano significan gorra, o dulce de leche, o caracol, son para nosotros términos groseros para designar el órgano genital femenino, vaya una a saber si “llaga” no es una forma fina de mentarlo, aunque desde el punto de vista más estricto nos resulte insultante.

Georges Bataille dijo alguna vez que “el lenguaje es una piel, y yo froto mi lenguaje contra el otro”. En cuyo caso se impuso que yo frotara el mío, mis vocablos, por la zona del mundo hispánico que habito, es decir, bien al sur. Y para hacerlo me puse el traje de exploradora de la palabra, que me sienta bien, y salí en busca de una explicación. Pero antes de salir y como primer paso decidí entrar, dado que hay algo implícito al respecto en esta temática. Y entré en Google y apareció un blog titulado precisamente *El dedo en la llaga* que publicita a una tal Cristina “Maestra de Educación Especial, Psicomotricista, Logópeda, Kinesióloga, Reflexóloga Holoterapeuta, Quiromasajista, Cuenta-Cuentos, Libertaria y un montón de cosas más, pero desde que tuvo a sus hijos se autoproclamó Cuidadora del Alma Infantil que todos llevamos dentro” (*sic*).

No me pareció un punto de partida demasiado lúcido, por lo cual decidí tomar el toro por los cuernos (tema que propongo para la mesa redonda del próximo año) y salir en busca de explicaciones médicas. Es decir, salir no en calidad de escritora sino de paciente o al menos de paisana, a pedirles con toda humildad consejo a los especialistas. Y me dirigí al centro médico al que suelo acudir para cualquier emergencia, el mismo que se jacta de tener consultorios de todas las especialidades.

Por lógica en primera instancia fui al sector Ginecología. Por esas cosas del destino quien estaba de guardia era una doctora. Es cierto que una suele elegir las mujeres para los exámenes, pero para la pregunta pertinente habría preferido la opinión menos comprometida de un hombre. A la pregunta sobre la llaga, la ginecóloga me respondió que si tengo algún problema mejor me acueste en la camilla y ponga los pies en los estribos. Pero yo los estribos sólo los uso para cabalgar, y además no suelo perderlos, por lo cual le dije Muchas gracias, mi problema es semántico no somático, y me dirigí a ver a mi médico de cabecera que como el vocablo indica (médico, no cabecera que es sólo el calificativo) es hombre. Un hombre reposado, maduro (como si una fuera joven, pero para las cosas de la lengua se los prefiere pichones). Me informaron que el doctor llegaría recién al cabo de dos horas.

Esa tarde la tenía consagrada a la investigación, por lo que no me desalenté y me dirigí al consultorio del infectólogo, que me pareció el más indicado. Cuarto piso, me dijeron, y ya que no era paciente sino escritora que necesitaba algo de ejercicio de tanto estar poniendo dedos en las llagas del teclado de la computadora decidí usar las escaleras. Subí lo más rápido que pude y sin prestar atención a los detalles. Pero la recepcionista de Infectología me detuvo en seco diciendo Si no tiene turno va a necesitar paciencia, hay muchos antes que usted.

Igual decidí anotarme y esperé y esperé pero la paciencia no es mi fuerte, quizá sea mi llaga. Bajé entonces a ver al neurólogo, que tiene consultorio en el tercero. El neurólogo, que me había atendido tiempo atrás por causa de un terrible virus, se alarmó cuando supo que yo estaba allí y me hizo pasar al ratito. Para sacar el tema y no defraudarlo del todo intenté hablarle de la llaga y la conciencia, porque de alguna extraña forma se me mezclaban los tantos. El doctor se puso a observar mis estudios previos.

—Su cableado cerebral está perfecto, dijo; ahora bien, lo que usted piensa no es responsabilidad mía.

Tras lo cual se le exacerbó la conciencia profesional y poniéndome metafóricamente un dedo encima, no sin cierto paternalismo, me indicó la salida.

Concentrada en mis pensamientos dedo-llaguísticos volví a trepar los escalones hacia el cuarto piso, sonriendo porque mi investigación iba cobrando cuerpo. Pero cuerpo, lo que se dice cuerpo, fue el que se cruzó conmigo a mitad de camino.

¿Qué hacía por allí ese macho alfa, todo un llamado? De golpe lo sentí, al llamado, y al alzar la vista mis ojos tropezaron con una mirada azul sin fondo. Y creí hundirme y me atravesó un relámpago de algo muy parecido al gozo y la mirada quedó atrás pero no el fluir de eso imposible de ser puesto en palabras.

¿Imposible? Como una llaga en el lenguaje... Pero soy escritora y siempre he sostenido que de eso se trata, la literatura, de decir lo indecible, de tocar con la punta de la palabra el borde de lo inefable. Como el dedo y la llaga. Tocar. Y fue, no me cupo la menor duda, un inefable compartido; fognazos así se me han dado pocas veces en la vida pero siempre —me consta— fueron fognazos compartidos.

Corrí entonces escaleras abajo y sin aliento le dije a la recepcionista del tercero que el que pasó era precisamente el neurólogo que yo debía consultar. ¿El doctor Fulano?, dijo la recepcionista displicente; es traumatólogo, atiende en el segundo.

A no distraerme, mi meta principal es el infectólogo, ¿de qué llagas podría hablar con un arreglahuesos? Pero como debía hacer tiempo bajé al segundo piso y me senté en la sala de espera, un no lugar como cualquier otro, y al rato él salió de su consultorio y al pasar frente a mí me dijo Vuelvo en quince minutos, asumiendo que lo estaba esperando. Me dio tiempo para regresar al piso de Infectología, pero una vez allí seguían llegando pacientes y empecé a temerle al contagio. Una cosa es la seria investigación y otra muy distinta la infección. Así que pedí a la recepcionista que por favor me guardara el turno y salí en busca de otro aire. En el rellano del tercero pasé frente a un cartel que rezaba Odontología. Lo pensé un

momento pero lo descarté, está bien que lo de llaga sea una metáfora vil, de ser una metáfora, pero no hay que exagerar: dientes sabemos que no tiene, no, no tiene dientes por más que algunos insistan. En cambio y dado que las investigaciones hay que llevarlas a fondo, me apersoné en el sector Oftalmología. La llaga en el ojo ajeno, pensé, o más bien Todo depende del cristal con que se la mire. Enfocaré la llaga desde otro ángulo, me propuse, pero caí en el consultorio de un retinólogo que me mandó a hacer una tomografía de retina. Menos mal que todo me lo paga el seguro. El técnico era un joven agradable quien después de grabar mi examen en un CD empezó a revisarlo en la computadora. Las imágenes de la intimidad de mi retina eran bellas, coloridas, abstrusas. Iban pasando unas colinas de napas turquesa y naranja y azul añil con una banda parda en la cima, cuando de golpe apareció la depresión oscura. Me asusté. No se preocupe, es la mácula, me quiso tranquilizar el técnico; la mácula es parte constitutiva de la retina, malo sería no tenerla, agregó.

¿Y la llaga?, pensé, pero no me pareció oportuno traerla a colación. ¿Será la llaga parte constitutiva del cuerpo femenino? En cambio me sentí liberada y le dije:

—Qué bueno, así nadie espera de las mujeres que seamos inmaculadas.

Muy sano su ojo derecho, siguió el técnico sin prestarme atención; ahora veamos el izquierdo. Tengo una molestia, quise explicarle pero él ya lo sabía. Sí, dijo como al descuido, acá se nota: esta superficie opaca, ¿ve?, pero yo atravieso lo opaco y observo el otro lado.

Excelente lección, entendí al dejar el laboratorio. Atravesar lo opaco y animarse a mirar el otro lado.

Como si me hubiese dado el ukase para volver a ver al traumatólogo.

La mácula y la llaga, una y la misma cosa, necesarias. Cierto es que el hueso es duro, la llaga blanda, ¿entonces qué le digo al traumatólogo de los ojos azules y el cuerpo, qué excusa encuentro?

Para reflexionar sobre el tema opté por el ascensor, las escaleras ya me habían brindado todo lo que podían

brindarme. Y en el ascensor me encontré con mi médico clínico, mi favorito, y allí no tuve que jugar a la paciente. Quiero hacerle una consulta literaria, le dije, y a él se le encendió una sonrisa de alivio y yo empecé con lo de la llaga, pero me detuvo en seco:

—Llaga no es un término científico, la medicina habla de aftas, de úlceras, ampollas, hasta de chancros, nunca de llagas.

Y salió del ascensor como si nada, dejándome en ascuas. La palabra “llaga” no existe, al menos en el terreno de su mayor incumbencia. Entonces, ¿para qué proyectarla en metáforas insultantes? Me quedaban cinco minutos antes de que la mirada azul retornara a su despacho. Tengo que saber más, reencontrar la palabra perdida, pensé. Y como estaba en el piso del sector Psicopatología, sin patologizar el caso decidí recurrir al psicoanalista. Quien por suerte pudo recibirme al instante. Sólo dos minutos, entre una sesión y otra, me aclaró. Le planteé la cuestión. Él me contestó sin asomo de duda:

—La llaga es lo real abierto, sólo eso. Lo simbólico es la cicatriz.

No lo dejé embarcarse en crípticas aclaraciones lacanianas. Escapé al grito —mudo— de ¡Soy lo real abierto! Y sin respiro aterricé en el consultorio de él. El traumatólogo de los ojos de agua. Se ve que ese día había habido pocos contusos porque me recibió de inmediato. Para no asustarlo, de entrada le tendí la muñeca izquierda que meses atrás me había quebrado. Él la tomó con toda delicadeza, la palpó y me dijo Ya está consolidada. Y si bien supe que me hablaba de la fractura, preferí entenderlo desde otro lugar.

—Me alegro, le contesté coqueta. Y le ofrecí mi palma derecha porque:

—Ve, tengo un nudito acá en el medio.

Pasó su dedo varias veces casi con ternura y la auscultación empezó a adquirir el cariz de la caricia. El nudo no es nada, pero qué bonito se cruza su línea de corazón con la del cerebro, observó. Se lo digo porque percibo que usted es poeta, creo haber visto su foto en algún suplemento dominical.

Sonreí con misterio para no desalentarlo. Una vil prosista, soy, y para colmo abocada a una investigación extemporánea. Sos poeta, insistió él, tuteándome, mientras yo dejaba mi sonrisa tintineando en el aire.

—¿Y vos?, le pregunté al rato.

—Yo también escribo mis cositas. Cosas de la sensibilidad, viste, agregó reteniendo siempre mi mano entre sus manos.

—¡Qué maravilla! exclamé con entusiasmo; Y pensar que dicen que los traumatólogos son los carpinteros de la medicina, así como los urólogos son los plomeros...

Él soltó mi mano de inmediato. Mi padre es urólogo, me informó, cortante, y con eso clausuró la puerta azul de su mirada.

Y aquí concluye mi incursión al significante que conllevó sus buenos fracasos y un enorme éxito. De la llaga sólo logré saber que se trata de lo real abierto, que no existe. Cuándo no, sobre todo si se piensa en términos de género no precisamente narrativo. Pero me fue confirmado que al falo se lo puede apropiar cualquiera. El dedo lo tuve yo, en su momento, y me hizo sentir poderosa y feliz; la macana fue meterlo donde no debía.

Para alcanzar el conocimiento (cuento)

Los sentidos y los dioses vienen muy ligados en esta zona del mundo, suponiendo que esta zona esté en el mundo y no como colgada por encima del Ande y tanto más allá del alcance de la mano. Arriba, azul angustiante, y si al menos ellos lo supieran, si supieran de la angustia. Pero no. No saben ni de la desolación ni del azul, tantos siglos viviendo en sus falsas islas de paja que flotan sobre el lago —islas realimentadas a diario—, tantas generaciones hechas de estar pisando casi el agua sobre las islas flotantes de totora, algo como Cristo si supieran. Tampoco eso saben mientras navegan en sus barcas que son prolongaciones de las islas, igualmente luminosas y amarillas.

Saben, sí, de la ausencia de los sonidos porque el oído les ha sido dado como una bendición para captar los sutilísimos matices del silencio. Por eso digo: los dioses y los sentidos vienen muy ligados por estas latitudes. También lo digo porque más sublime, para ellos, es ser ciego a los colores. Los acromáticos puros son allí venerados porque tienen la enorme ventaja de no dejarse deslumbrar por ese azul tan inhumano que es el azul del lago, ni por su reflejo en el cielo, ni por los golpes de sol en la dorada paja. Demasiada intensidad cromática para tanto silencio, razón por la cual quienes no pueden percibir los colores a menudo alcanzan rango de sacerdotes.

Más de uno dijo no reconocer tonalidades y fingió confundirse y hasta equivocó la línea del horizonte, pero la impostura no inquieta en esta tapa del mundo; quien no ve los colores sólo puede beneficiarse interiormente y de nada le son útiles las magras reverencias que en algún momento le tributan sus cofrades.

Así transcurre la vida y es tan breve. Pocos hay entre ellos que alcanzan la cincuentena y esos escasos viejos

son más queridos que execrados pero mantienen un mínimo contacto con el resto de la tribu.

Han perdurado para volverse sabios y por eso mismo ya nadie quiere prestarles oído y todos sueñan con fabricarles una enorme jaula de vidrio para tenerlos tan sólo al alcance de la vista. Aunque no hay manera alguna de obtener el vidrio en las alturas. Una única vez conocieron el vidrio y les hubiera sido fatal de no estar viviendo sobre el agua. El vidriecito fue bello y admirado hasta que concentró tanto los rayos del sol que provocó el incendio. El primer incendio de la historia de ellos, casi el último. Se declaró en una isla recién terminada y la paja nueva ardió por un buen rato hasta que se fue abriendo camino incendiando los juncales a su paso y partió a la deriva. Una embarcación de llamas.

Esa isla tenía una choza de totora y una vieja del mismo material indefinible del que están constituidos los mortales.

Y se fueron flotando, no más, esas llamas que habían sido una isla con su vieja y su choza, y bogando a distancia dieron tal espectáculo que por primera vez los no privilegiados se alegraron de percibir los colores, porque el rojo no pertenecía al espectro conocido por ellos hasta entonces. (Los venerados acromáticos se perdieron las llamas y ésa fue finalmente su desdicha: ignorar el color de lo que arde.)

En cambio la vieja en su isla incendiada supo más: llegó a enterarse del calor y hasta del horror de aquello que está ardiendo. Comprobó también que el fuego se tragaba sus gritos, y cuando por fin el agua la pudo contra el fuego ella quedó flotando sobre la inmensidad del lago —ese mar en la punta de la tierra— en una isla chiquita, achicharrada. Empezó a notar entonces que sus conocimientos se habían ido expandiendo al calor de las llamas y se sintió infinitamente más sabia que antes de haber salido en su peregrinación forzada. ¿Más sabia para qué? Para no poder transmitírselo a nadie como siempre sucede, sobre todo entre ellos que sólo conocen lo inefable. La sabiduría de ellos sobre sus islas flotantes hechas de

paja fresca y la de todos nosotros creyéndonos seguros con los pies en la tierra.

Pero la vieja quería romper el voto de silencio y así en medio del lago tan azul que parecía soñado e imposible, añil, decidió transmitir a los suyos la enseñanza. Decidió hacerles llegar por lo menos la lección del fuego (si pudiera de alguna manera mandarles una chispa; pero una chispa no atraviesa la diafanidad del aire ni circula por agua. Una chispa indefensa, botoncito de lumbre). Y de todas maneras ya su isla se había enfriado, ni quedaba la dulce tibieza de rescoldos.

De la llama a la brasa, de la brasa al rescoldo, a la ceniza tibia, a esa otra ceniza seca, estéril, que todo lo recubría de gris con la ayuda del viento. Habían sido transformaciones lúcidas, pura felicidad interna para nada asimilable a la alegría.

Decirles del calor más allá de las salidas del sol —el sol sabe de esas cosas, no necesita información alguna—; la sabiduría del fuego quisiera transmitirla a los otros, los hermanos, los que aún bajo el sol ignoran todo tipo de tibiezas.

La vieja gris, gris la vieja, cubierta de cenizas, un algo achicharrada pobre vieja, chamuscada en partes y, bajo el polvillo gris de las cenizas, sumamente tostada no tanto por la acción del sol que en esta altura del mundo es inocente sino por el maestro fuego que le enseñó el principio de cocción en carne propia. Y esto, entre tantas otras nuevas, era lo que quería comunicarle a los hermanos: la posibilidad de transformarse uno al mismo tiempo que el fuego transforma el alimento. Es decir el poder transmudador de ser ese inasible, ardiente y rojo que sin que ella lo supiera se llamaba fuego.

Buscó entre la ceniza muerta un restito de vida, con las manos hurgó entre las cenizas y hundió los antebrazos hasta el codo sabiendo que el peligro de quemarse ya no era peligro alguno para ella. Y después de mucho buscar encontró una brasita diminuta latiendo en la profundidad de la ceniza. Con esa ínfima brasa y con los carbones que se habían formado mantuvo viva durante meses una humilde fogata (ni siquiera pensó en cocinar

sobre ella el pescado reseco, no quiso mancillarla). Y con dulzura fue rearmando su isla: cosechó la totora que crecía en el lago, la puso a secar al sol y cubrió poco a poco el colchón de cenizas con la paja flotante. Después reconstruyó su choza con la misma totora y cuando se sintió completa le prendió fuego a todo pensando que de alguna manera los demás entenderían su mensaje gracias a esa nube oscura que se desprendía del fuego. Reinventó así, sin quererlo, las señales de humo. Tanto le habría valido reinventar la telegrafía sin hilos. Total, otro holocausto inútil: los hermanos allá lejos no pudieron o quizá no quisieron descifrar su mensaje.

Tal vez ya lo sabían.

Perdición o El chiste de Dios (cuento)

Cierto crepúsculo el señor Enríquez sufrió tremendo golpe y en su derredor todo lo femenino se le disolvió en el éter. Desde ese durísimo momento sólo pudo emitir el término “mujer” como un nombre suelto, sonido hueco, símbolo estéril sin sentido preciso. Sin tiempo de reflexión comprendió que ese golpe feroz le hizo perder el signo número uno, el del completo inicio. Y quedó sin referente, por siempre núbil como un cisne viudo. Desde entonces migró por el mundo excluido de su centro secreto. Logró emitir sólo dos o tres conceptos sobre el género inverso, sobre el imprescindible ente sin pene que siendo el sexo débil es empero el que concibe el ser. Pero no logró seguir con los nombres ni referir o decir sentimientos profundos. ¡Enorme desconcierto! El signo primero se le desintegró en el éter (lo dijimos) como círculos de humo, pequeños redondeles con un tilde en el rincón inferior derecho. Lúgubre destino, porque ése fue el primer sonido del hombre. Sin dicho sonido ni su correspondiente signo, Enríquez hubo de volverse pre-primitivo, un ur-hombre. remoto por siempre de todo lo femenino y por ende del que desde su punto de visión es el sexo opuesto.

Todo por ser Eleodoro Ernesto Enríquez, un gentilicio poco poético si bien él supo sentirse primo de intelecto del escritor de Seine-et-Oise, Georges Perec. Pero Enríquez hoy ni puede ponerse de mote el primer nombre del primer hombre según el Libro, el nombre bíblico, ese mismo que tiene dos veces repetido el signo perdido. Todo esto que le ocurre es muy penoso: el supremo poder en sí le pertenece pero no le permite perderse en el gozo. Entiende que se embromó; se encontró no en el séptimo cielo como hubiese querido sino en el fondo de un precipicio, en el infierno. Y fue por efecto de ese triste detri-

mento que se convirtió en un ser por siempre indivisible, desierto y solo, y debió desoír el deseo de reproducirse, excluyendo de sí todo duplo o gemelo, y ni el intento de tener un clon le fue concedido, por ser ello imposible sin óvulos. Le resultó muy doloroso no poder servirse de su semen, de sus jugos eróticos o de los fluidos en uso por el músculo color rojo ígneo como el fuego, ese músculo semiesférico que muchos porteños conocen como el bobo, el bombo del pecho. Sólo útil, su bobo, en servicios directos y sencillos, no celestes y menos suculentos. Todo porque el segundo sexo no le pertenece ni desde su fuero interno ni desde lo externo y tierno. Un dolor por ende lo oprime en un encierro sin solución posible. ¿Cómo sobrevivir sin el otro, el opuesto, sin un objeto del deseo como invertido espejo? No es sólo cuestión de sentirse hetero, Enríquez reconoce que lo homoerótico tiene lo suyo. Pero ¿cómo encender el fuego sin poder reconocer y menos decir lo sutil que lo nutre? ¿Cómo proseguir el juego de este mundo sin poder sentir ni suscribir emociones del todo disímiles del odio? Lo opuesto del odio le fue prohibido por decreto, ni referirlo puede. Sólo emitir conceptos confusos, estereotipos fijos.

Sin sentimientos positivos posibles en el simple decir, se identificó con lo propio excluyendo el prójimo, fue el puro egoísmo sin sueños de ser feliz en conjunción con otro, porque sin el signo prohibido el otro pierde todo interés, no existe. Y no existe el deseo. El ubicuo deseo pleno de brillo, imposible sentirlo sin un otro y el otro él entiende que Dios se lo tiene interdicto. Eleodoro Ernesto Enríquez supo ser desde siempre el colmo de prolijo, obsesivo. Desprovisto de deseos oscuros o molestos, fue pomposo sin mucho sentimiento por el prójimo, y lleno de remilgos. No por eso merece el bruto exceso de lección desde el momento en que todo lo bueno y femenino, inofensivo, se le disolvió del propio ser en un súbito flujo. ¡Qué desmedido Dios exigente y confuso le tocó en suerte! Entendió que el suyo es un dios enérgico, sí, pero terriblemente electrodébil. Un dios morboso, chistoso, quien desde el infinito del Cosmos supo invertir su sempiterno rol muy tierno y lo reventó, pobrecito

Enríquez. Cortóle senderos de expresión y mutiló su ser en el mundo de los vivos. Y ése fue el periodo en que Dios rióse porque en su eterno tedio (Él no se entretiene con el dominó, como bien supo Einstein; ningún juego de suerte es Su juego) por fin logró divertirse un poco eligiendo un único, simple, fútil individuo nuestro —hombre—, imponiéndole límites muy estrictos. No escuchó su voz de él ni le importó su sufrimiento. Despótico y desmedido Dios...

Pero hoy el infeliz Enríquez, entendiendo el fútil cometido divino, por fin pretende resistirse y reñir. De súbito lo supo todo y resolvió emitir el sonido interdicto. Por eso mismo pone sus belfos lejos el uno del otro en redondel como diciendo O, pero no es O. Ergo, nuestro héroe (nuevo héroe) se estremece como débil helecho movido por el viento. Es consciente de que el desmedido evento puede producir el temible, tremendo deicidio y por ende su muerte de él, el rebelde. Eso no lo detiene. Insolente, exento de yerro, decide permitir que drene de su pecho el sonido prohibido como extenso suspiro. Un grito violentísimo. Este Dios se merece ingente punición efervescente. En lo que le concierne, nuestro Eleodoro Ernesto Enríquez en el postrer segundo descubre que morir no lo conmueve ni le produce terror de ningún tipo. Con su último soplo por fin se siente libre. ¡Aaaah!

Para Leopoldo Brizuela

Tango (cuento)

Me dijeron:

En este salón te tenés que sentar cerca del mostrador, a la izquierda, no lejos de la caja registradora; tomate un vinito, no pidás algo más fuerte porque no se estila en las mujeres, no tomés cerveza porque la cerveza da ganas de hacer pis y el pis no es cosa de damas, se sabe del muchacho de este barrio que abandonó a su novia al verla salir del baño. Yo creí que ella era puro espíritu, un hada, parece que alegó el muchacho. La novia quedó para vestir santos, frase que en este barrio todavía tiene connotaciones de soledad y soltería, algo muy mal visto. En la mujer, se entiende. Me dijeron.

Yo ando sola y el resto de la semana no me importa pero los sábados me gusta estar acompañada y que me aprieten fuerte. Por eso bailo el tango.

Aprendí con gran dedicación y esfuerzo, con zapatos de taco alto y pollera ajustada, de tajo. Ahora hasta ando con los clásicos elásticos en la cartera, el equivalente a llevar siempre conmigo la raqueta si fuera tenista, pero menos molesto. Llevo los elásticos en la cartera y a veces en la cola de un banco o frente a la ventanilla cuando me hacen esperar por algún trámite, los acaricio al descuido, sin pensarlo, y quizá, no sé, me consuelo con la idea de que en ese mismo momento podría estar bailando el tango en vez de esperar que un empleaducho desconsiderado se digne atenderme.

Sé que en algún lugar de la ciudad, cualquiera sea la hora, habrá un salón donde se esté bailando en la penumbra. Allí no puede saberse si es de noche o de día, a nadie le importa si es de noche o de día, y los elásticos sirven para sostener alrededor del empuje los zapatos de calle, estirados como están de tanto trajinar en busca de trabajo.

El sábado por la noche una busca cualquier cosa menos trabajo. Y sentada a una mesa cerca del mostrador, como me recomendaron, espero. En este salón el sitio clave es el mostrador, me insistieron, así pueden ficharte los hombres que pasan hacia el baño. Ellos sí pueden permitirse el lujo de ir al baño. Empujan la puerta vaivén con toda su carga a cuestas, una ráfaga amoniacal nos golpea, y vuelven a salir aligerados dispuestos a retomar la danza.

Ahora sé cuándo me toca a mí bailar con uno de ellos. Y con cuál. Detecto ese muy leve movimiento de cabeza que me indica que soy la elegida, reconozco la invitación y cuando quiero aceptarla sonrío muy quietamente. Es decir que acepto y no me muevo; él vendrá hacia mí, me tenderá la mano, nos pararemos enfrentados al borde de la pista y dejaremos que se tense el hilo, que el bandoneón crezca hasta que ya estemos a punto de estallar y entonces, en algún insospechado acorde, él me pondrá el brazo alrededor de la cintura y zarparemos.

Con las velas infladas bogamos a pleno viento si es milonga, al tango lo escoramos. Y los pies no se nos enredan porque él es sabio en señalarme las maniobras tecloteando mi espalda. Hay algún corte nuevo, figuras que desconozco e improviso y a veces hasta salgo airosa. Dejo volar un pie, me escoro a estribor, no separo las piernas más de lo estrictamente necesario, él pone los pies con elegancia y yo lo sigo. A veces me detengo, cuando con el dedo medio él me hace una leve presión en la columna. Pongo la mujer en punto muerto, me decía el maestro y una debía quedar congelada en medio del paso para que él pudiera hacer sus firuletes.

Lo aprendí de veras, lo mamé a fondo como quien dice. Todo un poner, por parte de los hombres, que alude a otra cosa. Eso es el tango. Y es tan bello que se acaba aceptado.

Me llamo Sandra pero en estos lugares me gusta que me digan Sonia, como para perdurar más allá de la vigilia. Pocos son sin embargo los que acá preguntan o dan nombres, pocos hablan. Algunos eso sí se sonríen para sus adentros, escuchando esa música interior a la que están bailando y que no siempre está hecha de nostalgia.

Nosotras también reímos, sonreímos. Yo río cuando me sacan a bailar seguido (y permanecemos callados y a veces sonrientes en medio de la pista esperando la próxima entrega), río porque esta música de tango resuma del piso y se nos cuele por la planta de los pies y nos vibra y nos arrastra.

Lo amo. Al tango. Y por ende a quien, transmitiéndome con los dedos las claves del movimiento, me baila.

No me importa caminar las treintipico de cuabras de vuelta hasta mi casa. Algunos sábados hasta me gasto en la milonga la plata del colectivo y no me importa. Algunos sábados un sonido de trompetas digamos celestiales traspasa los bandoneones y yo me elevo. Vuelo. Algunos sábados estoy en mis zapatos sin necesidad de elásticos, por puro derecho propio. Vale la pena. El resto de la semana transcurre banalmente y escucho los idiotas piropos callejeros, esas frases directas tan mezquinas si se las compara con la lateralidad del tango.

Entonces yo, en el aquí y ahora, casi pegada al mostrador para dominar la escena, me fijo un poco detenidamente en algún galán maduro y le sonrío. Son los que mejor bailan. A ver cuál se decide. El cabeceo me llega de aquel que está a la izquierda, un poco escondido detrás de la columna. Un tan delicado cabeceo que es como si estuviera apenas, levemente, poniéndole la oreja al propio hombro, escuchándolo. Me gusta. El hombre me gusta. Le sonrío con franqueza y sólo entonces él se pone de pie y se acerca. No se puede pedir un exceso de arrojo. Ninguno aquí presente arriesgaría el rechazo cara a cara, ninguno está dispuesto a volver a su asiento despechado, bajo la mirada burlona de los otros. Éste sabe que me tiene y se me va arrimando, al tranco, y ya no me gusta tanto de cerca, con sus años y con esa displicencia.

La ética imperante no me permite hacerme la desentendida. Me pongo de pie, él me conduce a un ángulo de la pista un poco retirado y ahí ¡me habla! Y no como aquel, tiempo atrás, que sólo habló para disculparse de no volver a dirigirme la palabra, porque yo acá vengo a bailar y no a dar charla, me dijo, y fue la última vez que abrió la boca. No. Éste me hace un comentario general, es

conmover. Me dice Vio doña, cómo está la crisis, y yo digo que sí, que vi, la pucha que vi aunque no lo digo con estas palabras, me hago la fina, la Sonia: Sí, señor, qué espanto, digo, pero él no me deja elaborar la idea porque ya me está agarrando fuerte para salir a bailar al siguiente compás. Éste no me va a dejar ahogar, me consuelo, entregada, enmudecida.

Resulta un tango de la pura concertación, del entendimiento cósmico. Puedo hacer los ganchos como le vi hacer a la del vestido de crochet, la gordita que disfruta tanto, la que revolea tan bien sus bien torneadas pantorri-llas que una olvida todo el resto de su opulenta anatomía. Bailo pensando en la gorda, en su vestido de crochet verde —color esperanza, dicen— en su satisfacción al bailar, réplica o quizá reflejo de la satisfacción que habrá sentido al tejer; un vestido vasto para su vasto cuerpo y la felicidad de soñar con el momento en que habrá de lucirlo, bailando. Yo no tejo, ni bailo tan bien como la gorda, aunque en este momento sí porque se dio el milagro.

Y cuando la pieza acaba y mi compañero me vuelve a comentar cómo está la crisis, yo lo escucho con unción, no contesto, le dejo espacio para añadir ¿Y vio el precio al que se fue el hotel alojamiento? Yo soy viudo y vivo con mis dos hijos. Antes podía pagarle a una dama el restaurante, y llevarla después al telo. Ahora sólo puedo preguntarle a la dama si posee departamento, y en zona céntrica. Porque a mí para un pollito y una botella de vino me alcanza.

Me acuerdo de esos pies que volaron —los míos— de esas filigranas. Pienso en la gorda tan feliz con su hombre feliz, hasta se me despierta una sincera vocación por el tejido.

—Departamento no tengo —explico— pero tengo pieza en una pensión muy bien ubicada, limpia. Y tengo platos, cubiertos, y dos copas verdes de cristal, de esas bien altas.

—¿Verdes? Son para vino blanco.

—Blanco, sí.

—Lo siento, pero yo al vino blanco no se lo toco.

Y sin hacer ni una vuelta más, nos separamos.

*Premio Internacional Carlos Fuentes
a la Creación Literaria en el Idioma Español 2019,*
editado por la Secretaría de Cultura
y la Universidad Nacional Autónoma de México,
se terminó de imprimir el 4 de noviembre de 2019,
en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V.,
ubicados en Calle 5 de Febrero núm. 2309,
colonia San Gerónimo Chicahualco, C. P. 52170,
municipio de Metepec, Estado de México.

El tiro consta de 1 000 ejemplares,
impresos en offset
en papel bond ahuesado de 90 gramos
para interiores y
cartulina Mohawk Superfine Eggshell
Softwhite de 270 g para forros.

En su composición se usó tipografía
Soberana Texto de 10/12 puntos.
Portada y formación: Inés P. Barrera
Cuidado editorial: Alejandro Soto V.
Coordinación editorial: Elsa Botello.

